Veníamos de la nada / IV

La selección del Jurado





Veníamos de la nada / IV

La selección del Jurado

Créditos

Título: Veníamos de la nada / IV. La selección del Jurado
Edita: INICIATIVA ROSABLANCA
Villanueva del Rey / Córdoba / Bilbao, Bizkaia)

Diseño y maquetación: Carlos Fernández Prego

Veníamos de la nada / IV

La selección del Jurado

Esta nueva edición de **Veníamos de la nada** pone a tu alcance las 50 mejores obras, a juicio del Jurado, que han participado en la cuarta convocatoria del Premio Café Español impulsada por el grupo Rosablanca, este año ya bajo la marca INICIATIVA ROSABLANCA. Todos estos Relatos Cortos fueron publicados previamente en las redes sociales, característica especial de este Premio, valorados orientativamente por un equipo de personas cualificadas entre las que participaron varios miembros del propio Jurado y, finalmente, elegidos por el Jurado en su totalidad. En tan solo cuatro años de existencia, el Premio Café Español ha consolidado cotas muy importantes en la calidad literaria de los relatos presentados, por el recorrido como escritores de los autores y autoras participantes, y en la expansión y respuesta desde Latinoamérica. Gracias a todos por su obra y por ensanchar con sus historias el espacio de la literatura en lengua española.

1. Introducción

Veníamos de la nada

Villanueva del Rey es un punto pequeño en la serranía cordobesa (Sierra Morena), sus casas blancas se vierten por las laderas del monte y el agua, cuando llueve, riega la puerta del **Café Español** desde 1896, cuando un industrial cafetero sin complejos construyó un café bar a lo parisienne, un tostadero de café y un cine. Todo lo que rodea ese pueblo de 1.047 habitantes es memoria de viñas y emigración. Y, como en otros muchos lugares, caminos que perdieron el tren y buscan mantenerse y crecer contracorriente. En Villanueva del Rey hay estrellas más cercanas, noches de verano en que la claridad del firmamento ilumina las verbenas de La Dehesa. Una de esas noches nació un relato nuevo con buena estrella.

Los orígenes del premio Café Español

En la calle Real se necesita toldo para proteger la imagen de Santiago Apóstol cuando procesiona a finales de julio. Entre el Ayuntamiento nuevo y el Café Español (1896) se tensan las cuerdas de los toldos para hacer sombra y los altillos de la calle son un balcón corrido hasta el Barrio Alto. Antes de que llegue

el santo hay tiempo en la terraza para refrescarse y pensar. En otros lugares, como el Café Gijón de Madrid y otros muchos Café Español del país, nacieron -a solas o en grupo- ideas para escribir. Esta sobre un Premio Café Español granó en poco tiempo y 15 personas diversas y distantes físicamente dijeron "sí". Era el otoño de 2017.

Los Rosablanca

El cura del pueblo dice no conocer a "Los Rosablanca", aunque muchos de ellos van a misa y cuidan con fervor histórico de la imagen de una virgen. Como tales Rosablanca son conocidos por todo el pueblo y su historia va unida al Café Español desde 1932. Esa fue, en muchas ocasiones y hasta el dia de hoy, la escuela familiar de hostelería. Blanca era la rosa en la solapa del alguacil que cortaba las entradas del baile y la de su hermano dueño del bar. Ni la guerra civil, que subió rápida hasta Villanueva del Rey, consiguió borrarles el apodo, aunque la mitad de ellos tuvo que huir. Los Rosablanca y el Café Español han sido la primera televisión, el salón de las bodas, el baile del sábado a las 7, los negocios al calor del brasero y la mesa de servir la comida a la autoridad. Unos huyeron, otros se quedaron para luego emigrar y regresar; o no. Ahora, y desde 2014, Los Rosablanca saltan cada año los picos de la sierra para que el flujo de la cultura (fotografía y literatura) llegue a cualquier parte y siga bajando por la calle Real de Villanueva del Rey, igual que las tardes de plata corren llenas de lluvia hacia la fuente de La Membrillera.

Donde estén, lo son: Rosablanca. (Aunque el párroco no haya oído hablar de ellos desde el año 36).

2.
El Premio Café Español 2021

Escribir bajo amenaza

En 2017, un pequeño Premio Café Español nacía con el apoyo de un **presidente del Jurado que fue presidente de la Agencia EFE de Noticias, Alfonso S. Palomares**, escritor con múltiples obras en su haber y excelente periodista siempre. Ese año presentábamos orgullosos el resultado del estreno: 37 relatos nacidos de la nada (es una forma de hablar): de los promotores del concurso y de otras personas que empezaron a enviar sus relatos por amor a escribir principalmente. Entre ellos, **José María Noguerol** (Madrid), ganador con su escrito *Noche de tormenta*. Nacer fue un esfuerzo a lomos de un anhelo.

2018 nos trajo la buena nueva de que el escritor **Alfredo Conde**, Premio Nacional de Literatura y Premio Nadal, entre otros muchos galardones nacionales e internacionales, se incorporaba con su gran generosidad para presidir ese Jurado. Como buen navegante, con él nos pusimos a dar a conocer la convocatoria del Premio desde Córdoba hasta Galicia y, desde entonces, los relatos concursantes, entre los que sobresalió *Hitler en Tánger*, de **Javier Valenzuela** (Madrid), periodista y escritor; *Crónica*

de un viernes anunciado, de **Mercedes González** (A Coruña) catedrática de Literatura y Lengua Española y, en 2021, *Labial carmesí*, de **Juan Manuel Arriaga** (México), recién estrenado como doctor en Lengua.

Como ya hiciéramos en enero de 2020, también en 2021 nos negamos a contribuir a que tanta cultura, tantos esfuerzos, desaparecieran o quedaran paralizados por la llegada de una pandemia mundial que convierte lo grande en casi nada y lo pequeño en invisible. La respuesta a la decisión de continuar también este año 2021 ha sido sorprendente. La narración más creativa y la mejor literatura se han vuelto a abrir paso para darnos este conjunto de obras diversas y, en muchos casos, excelentes. Aquel arrojo de 2020 nos ha traído un Premio 2021 crecido en lo literario, un número muy importante de seguidores y muchos ánimos hasta llegar a la edición de este libro.

Gracias ya por estos años, por acompañarnos.

INICIATIVA ROSABLANCA

3.
El reto del Jurado

Todos sabían lo que es hacer de Jurado en un concurso literario. Lo suyo ha sido un acto prolongado de generosidad desinteresada, de apoyo y sabiduría. Forman un Jurado de Honor en este año, de nuevo tan especial, y todos lo eran ya individualmente.



Alfredo Conde
Presidente

Nacido en Allariz (Orense), estudió Náutica y Filosofía y Letras.

Premio Nacional de Literatura en 1986 por su obra ***El Griffón***. En 1991 ganó el **Premio Nadal de Novela** con ***Los otros días***.

Ha recibido, entre otros, los premios *Grinzane Cavour, Nacional de la Crítica, Blanco Amor de Novela, Guimaraes de Cuentos y Ateneo de Valladolid*. También el *Julio Camba* y el *Fernández Latorre* de periodismo.

Su obra ha sido traducida al inglés, italiano, chino, francés o ruso, entre otros idiomas. Fue el primer vicepresidente de la Asociación de Escritores en Lingua Galega (AELG) y primer presidente del PEN Club de Galicia (1990-1991).

Es doctor en Letras (h.c.) por *La Trobe University of Melbourne* (Australia) y Caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia. Es uno de los autores de mayor proyección internacional de las letras gallegas contemporáneas.



Manuel Ángel Barbero
Vocal

Premio Círculo de Lectores de Novela 2015 con ***Los días perdidos***.

Espiel, Córdoba,1968. Escritor. Bibliotecario. Promotor, junto a otros escritores, poetas y periodistas, del Premio Café Español en 2017. Su paso por la Universidad Laboral de Córdoba despertó su amor por la lectura y los libros. Miguel Delibes y Dulce Chacón son, según dice, los dos escritores que más le han marcado en su interés por la literatura.



Pedro A. González Moreno
Vocal

Premio Café Gijón de Novela y José Hierro de Poesía.

Nacido en Calzada de Calatrava (Ciudad Real), es licenciado en Filología Hispánica. Su obra ***La mujer de la escalera*** le llevó al Premio Café Gijón de Novela 2017 y con ***El ruido de la savia*** recibió el **Premio José Hierro** de poesía en 2013. En 2016 unió el Premio de ensayo "Fray Luis de León" (Valladolid) a sus otros muchos galardones. Desde 1987 y hasta 1999 dirigió el *Aula Literaria Gerardo Diego*, en Pozuelo de Alarcón (Madrid).



Mercedes González Ribera
Vocal

Ganadora del Premio Café Español 2020.

Catedrática de Filología Románica, nació en Ferrol y reside en A Coruña. Ganó el **III Premio Café Español** con su relato ***Crónica de un viernes anunciado*** entre un total de 164 obras presentadas. Sólo había participado en un concurso literario: el Premio Café Español de 2019 y el de 2020, que ganó. Declara ser muy reservada sobre sus obras: "*Solo entre amigos. El mundo no está para muchas alegrías*", comentaba en la web del Premio Café Español.



Alfonso González Calero
Vocal

Periodista, escritor, poeta y editor nacido en Ciudad Real (1951). Está reconocido como uno de los puntales culturales de Castilla-La Mancha y siempre trabajó en ese ámbito. Participó en la creación de las revistas *Almud* (1980), *Añil* y *Cuadernos de Castilla-La Mancha* (1993) y *Almud, Ediciones de CLM* (1998), que ha publicado en torno a 200 títulos de diferente temática.

Personalmente, publicó en 2000 ***Brújula***, una antología de poetas de Castilla-La Mancha, y ha coordinado varias recopilaciones sobre cultura de los siglos XVIII a XX en esa región. En 2017 vio la luz su libro de poemas ***Ida y vuelta*** y, en 2021, su reciente poemario ***Aliento*** (Editorial Mahalta).



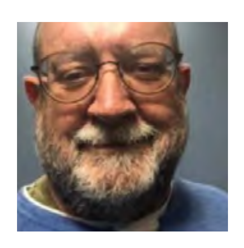
Irene Abecia
Vocal

Escritora, diplomada en Turismo e Idiomas (EOI), nació en Zaragoza y reside en Marbella. ***Más que palabras*** fue su primera novela (Ediciones Atlantis, 2020), a la que siguió en 2021 ***Al otro lado del tiempo*** (histórica, en la misma editorial). Ha finalizado la obra ***Un mundo perdido*** (ciencia ficción) y actualmente escribe una cuarta novela. Es crítica cultural en varias publicaciones on line y especialmente del sector cinematográfico. Pertenece a las Asociaciones Aragonesa de Escritores y Andaluza de Escritores y Críticos Literarios, así como al Colectivo Malagueño de Escritores.



Diego Peñafiel
Vocal

Escritor. Marinero en las antípodas, nacido en Vitoria-Gasteiz (1981), publica en 2020 su primera novela, ***Otro eslabón de la cadena***, después de vivir en distintos países y sufrir medio año de encarcelamiento en Guinea Ecuatorial. Su solitaria etapa de marinero le hicieron descubrir su pasión por la escritura y la lectura, participó en diferentes talleres, cursos y varias antologías de relatos; ejerce como redactor de contenidos y bloguero. Ha sido presidente (hasta junio de 2021) de la única asociación literaria de Bilbao (ALEA, El Espíritu de La Alhóndiga, (nombre por el que se conoce al actual Centro Cultural Azkuna).



Aurelio Romero Serrano
Secretario de Actas

Periodista y escritor. Ha publicado los poemarios ***Siempre hay alguien*** y ***Nómada*** (*Ediciones Ézaro, 2007 y 2011* respectivamente) y las novelas ***Si pudiese hablar de ti*** (*Almud, Ediciones de Castilla-La Mancha, 2015*), ***Barrio Caracol*** y la novela corta ***Nadie conoce a nadie*** (*Diario Lanza, 2019/20*). Ha finalizado la novela ***Espérame ayer (Tánger/Madrid, 1946-1956)*** y mantiene abierta desde 2019 la obra ***Recuento: Versos y prosas***.

Impulsor del grupo familiar INICIATIVA ROSABLANCA (antes Grupo Rosablanca), desde 2015 es promotor y gestor del Premio Rosablanca de Fotografía, en colaboración con el Ayuntamiento de Villanueva del Rey (Córdoba), como estrategia de Comunicación. Con ese mismo fin, promueve y organiza desde 2018 y a título personal el Premio **Café Español de Relato Corto**, junto a otros profesionales del periodismo y la literatura.

En 1972 se unió activamente al Grupo Literario Guadiana, al que ha regresado en los últimos años.

4.
Los relatos del Premio Café Español 2021

INTRODUCCIÓN
Los 15 primeros

El Premio Café Español otorga un solo premio: al mejor relato. No se puede dejar desierto y, en el caso de que ninguno de los relatos presentados alcanzase la suficiente valoración, se puede entregar un accésit con igual dotación económica y trofeo.

No obstante, desde su creación se elabora una relación con **Los 15 relatos mejor *valorados***, sin especificar la puntuación obtenida por cada uno de ellos. Es una selección que el Jurado quiere destacar durante toda la comunicación del Premio como una forma más de apoyo a sus autores y autoras en la difusión de sus obras; sobre todo cuando las diferencias de valoración del jurado son mínimas entre unos y otros relatos. Esos quince obras mejor valoradas incluyen a la ganadora y la finalista.

En la convocatoria de 2021, **Los 15 relatos mejor *valorados*** son los siguientes:

Ganador ***Labial Carmesí***, de Juan Manuel Arriaga Benítez (México)

Finalista ***Mi espejo***, de Alejandro Manzanares Durán. Guadalmez, Ciudad Real / Madrid (España)

Seleccionados ***Es amor***, de Alix Rubio Calatayud. Zaragoza (España)

Traidor, de Héctor D. Olivera Campos. Barcelona (España)

Dolor, de Raimundo Martín Benedicto. Alicante (España)

La Mona Lisa holandesa, de Pilar Alejos Martínez. Valencia (España)

Bajo los párpados, de Ramón Codina Villalón. Valencia. (España)

Bifurcaciones, de Lola Sanabria. Madrid (España)

Un cuento antes de dormir, de Manuel Reyes Gómez. Córdoba (España)

Ahora y en la hora, de Agustín García Aguado. Madrid (España)

Efímero, de José Luís Guerrero Carnicero. Madrid (España)

La muerte de Clara Sampedro, de Mildred Rocio Niño. Canadá

La última frase por mi bien, de María Caballero. Madrid (España)

Mariposas de mansa muerte, de Luis Nazaret Solís. Madrid (España)

El único de su clase, de Inma Calvo Giménez. Valencia (España)

El relato ganador

Juan Manuel Arriaga Benítez



Juan Manuel Arriaga Benítez.
Valle de Bravo. México

Maestro en Letras (Letras Clásicas) por la Universidad Nacional Autónoma de México, fue docente durante ocho años. Su ámbito de investigación se centra en el cine, la retórica y las formas de comunicación personal en la antigüedad clásica.

Estudió derecho histórico, dogmático y comparado en la Pontifica Universidad Católica de Chile y latín en la Academia Vivarium Novum de Roma, Italia.

Ha participado en varios cursos y talleres a nivel nacional e internacional.

Ha publicado investigaciones sobre educación y narrativa en revistas nacionales e internacionales y en 2014 fue designado socio fundador de la Organización Iberoamericana de Retórica (OIR).

En 2019 ganó el Certamen Internacional de Ensayo de la Comisión Bicameral del Congreso de la Unión para la Concordia y la Pacificación.

Fue el tercer clasificado en el Primer Certamen Literario Internacional "Lone Star" 2020 en Houston, Texas.

Labial carmesí

Juan Manuel Arriaga Benítez

Parecía como si el accidente le hubiera sacado repentinamente la vida del cuerpo a esa bella joven.

El doctor Madariaga hizo la autopsia; mientras tanto, yo le pasaba los instrumentos que me iba requiriendo, a la vez que revisábamos las múltiples cavidades de su inerte cuerpo. En el espectral silencio, dominado simplemente por el metálico golpeteo del bisturí contra la cama en la que reposaba el cadáver, el doctor hizo una de sus irónicas observaciones en el tono burlesco que tanto lo caracterizaba:

—¡Vaya! —exclamó, mientras se quitaba el sudor de la frente—. Me sorprende que aún tenga intacto ese rojo intenso en sus labios. ¿No te sorprende, Alejo?

Ante su pregunta, me limité a pensar simplemente: Más me sorprendía que encontráramos en su mano, aferrándose a él, el labial rojo"; por ello, respondí escuetamente:

—Claro que me sorprende, maestro.

Tras su instrucción de que cerrara el cuerpo y lo embalsamara para presentarlo en el féretro, el doctor se estiró y exhaló un largo bostezo anunciando que, en verdad, la madrugada ya estaba muy avanzada. Un rápido vistazo a las manecillas del reloj en la pared frente a mí me advirtió que debía apurarme, si quería dormir al menos un par de horas antes de mi primera clase.

El doctor salió por la portezuela chirriante de acero luego de tomarse unos segundos para ver en el espejo de la habitación cuán demacrado estaba su rostro por todo ese trabajo que había

llegado la noche anterior de improviso. Me dirigió un último comentario mientras él ya estaba en el pasillo, reteniendo la puerta únicamente con el pie:

—Muchacho, ¿sabes por qué no deberíamos tener un espejo en esta morgue?

Negué con la cabeza, pero no proferí ningún fonema; de alguna manera ya sabía hacia dónde iba su cuestionamiento: quería causarme temor.

—Porque nunca es bueno —se respondió— cuidarte las espaldas cuando vives del negocio de la muerte. ¡No me equivoqué!.

Logró que un escalofrío me recorriera la espalda. Frente a mí, el cadáver de esta chica, con sus enormes ojos abiertos y sus labios carmesí brillante, me pareció más fresco de lo que estaba hacía un par de minutos.

Maldecí al doctor por haberme sobresaltado de esa manera. “Me estoy sugestionando”, pensé. Aun así, me quedé mirándola fijamente el rostro, esperando de algún modo a que moviera la pupila o a que algún músculo bajo su blanquísima piel se contrajera.

Nada. Sus ojos estaban vacíos, sin ese cristalino destello que debió caracterizarlos en vida. Su piel estaba ya rígida y pálida. La tristeza de pronto me inundó y pasé el dorso de mi mano por su mejilla derecha: tal vez sería la última caricia que recibiera de alguien antes de entrar en la tierra.

De pronto, el habitual chirrido de la puerta volvió a sonar, grave, hueco.

¡Me desperté!

Frente a mí, el espejo; mis brazos estaban entrelazados, a modo de almohada, sobre el pequeño escritorio de madera en el que había papeles, bolígrafos e instrumentos dispersos; en mi cabeza, las palabras del doctor Madariaga brotaron nuevamente: “Nunca es bueno cuidarte las espaldas cuando vives del negocio

de la muerte". Me había quedado dormido y no supe en qué momento sucedió.

La puerta chirrió una vez más. Esta vez volteé y el doctor Madariaga entró moviéndose con ese contorneo alegre con el que caminaba a diario por la Facultad; se agachó para recoger del suelo algo que había pisado: un pequeño cilindro de plástico, ¡un lápiz labial!. Lo examinó frente a sí con cierta extrañeza. Casi de inmediato, me volteó a ver; entonces su sonrisa se transformó en un gesto de horror; alternó su mirada entre mi rostro de incomprensión y la mesa de autopsias.

—Muchacho, ¿dónde está el cadáver? —preguntó sobresaltado. Me levanté a ver: la chica ya no estaba.

—Tu mejilla, muchacho —me dijo abriendo los ojos como platos.

Acto seguido, me miré al espejo: ¡La marca carmesí de un beso estaba impresa en la mejilla opuesta a aquella sobre la que había dormido! Y, a un costado de donde me había recostado, noté que alguien había escrito con un labial carmesí: "Algún día te recompensaré por esa caricia".

El relato finalista

Alejandro Manzanares Durán



Cuando **Alejandro Manzanares Durán** se tituló como Maestro en la Escuela Normal de Ciudad Real, el Plan de Estudios que le aplicaron (el de 1950) ya estaba caduco y España recorría los movidos años 60 con ansia y freno. Guardó el título y se volvió a su pueblo, Guadalmez, donde Ciudad Real se unía a Córdoba y Badajoz por una sola estación ferroviaria de conexiones humanas múltiples. En ese viaje ya llevaba varios conatos de libros de poemas, compartidos unos, individuales otros. Pronto dejó el título en reposo y marchó a Madrid como empleado de Correos hasta la fecha de incorporarse al Servicio Militar y, de ahí, al sector comercial de la industria automovilística.

En 2017 forma parte del grupo impulsor del Premio Café Español de Relato Corto y participa anualmente en todas las convocatorias, cuatro, que se han realizado desde entonces. A una de ellas acude con su relato "*Ante todo, una mujer*", que convierte en novela en 2020.

Vive aún en Madrid y a veces acude a Guadalmez a ventilar los folios con poemas que le esperan.

Mi espejo

Alejandro Manzanares Durán

¡Perdón!, no sabía que estaba ocupado. A propósito… ¿Quién es usted? El caso es que su cara me resulta conocida, seguramente de la tele, de algún programa de cotilleo, porque son los únicos que consiguen evadirme; tan bien lo hacen que me duermo. Total, al despertar todo sigue igual. Sí, me resulta usted muy entrañable. Espero no venga de Hacienda, yo sólo soy un pobre maestro jubilado que vive de su pensión.

Necesito hacer uso del baño. ¿Va a tardar mucho? Le pregunto porque le veo ahí, delante del espejo, mirándome cual pasmarote, como si fuera un fantasma. Y, además, mudo, a menos que yo sea sordo… A estas alturas de mi vida no me extraña nada. Mi familia no me deja solo ni un minuto, dicen que ando muy despistado. ¡Muy!, como si eso se pudiera medir: ¿muy como una cabra, muy como un genio…?; qué manía tenemos los humanos por calificar y medir todo, hasta lo que no se puede. A ver, ¿cuántos metros o kilos soy de despistado?

Bueno, amigo, tengo la vejiga como una bota de vino. ¡Decídase!, haga algo más que mirarme, o váyase. Salga para que me alivie, espere en el pasillo: o mejor, váyase de nuevo al televisor, a mí me da igual con tal que me deje orinar tranquilo.

Últimamente en esta casa ocurren cosas muy raras: se pierden las cosas y luego aparecen donde menos te esperas, viene gente desconocida como usted y dicen ser quienes luego no son. Yo les sigo la corriente para que no digan que estoy loco, no me vayan a llevar a un sitio de esos donde te encierran con gente aún más rara.

No entiendo esa manía que les ha entrado a todos por preguntarme si sé quién es cada uno, o si me acuerdo de fulanito o menganito. ¿Se están volviendo locos, o me quieren volver a mí? El otro día vino un niño pequeño con un señor de mediana edad diciendo ser mi nieto y mi hijo. Menuda tontería, ¡cómo si no supiera que no tengo ningún hijo!

Como usted no se aparta, ahora yo me pongo de espaldas y así no tiene que salir si no quiere mientras yo hago lo mío, ya no puedo aguantar más. ¡Ahí voy!

¿Sabe otra cosa? Se la cuento entre tanto, es la mar de gracioso: esta mañana, sin darme cuenta, me puse el pantalón por las mangas y la mujer que me cuida, que dice que es mi hija —yo le sigo la corriente, si ni siquiera estoy casado—, se enfadó mucho diciendo que ya no aguantaba más, que está harta de soportarme, que es inhumano cómo la trato. Mientras ella me vestía, me dijo también que hablará con sus hermanos seriamente para tomar una decisión conmigo y llevarme a un sitio donde me atiendan mejor. ¡Ya ves cómo está la gente amigo! Cualquier día de estos la despido y contrato a otra más amable y simpática.

Ahora, cuando venga a limpiar el baño se pondrá de mal humor, dice que no apunto bien y que le mancho todo. Porque tengo educación y vergüenza, si no le diría que de eso nunca se han quejado las mujeres que he conocido cuando era joven. ¡Ja, ja, ja! Yo mala puntería...

Bueno, desconocido, ya estoy terminando; al final voy a pensar que es usted mudo, no ha dicho ni una palabra mientras yo hablo como una cotorra. A veces prefiero que la gente no hable, a la mayoría no la entiendo, parece que hablan chino, entonces me levanto y me voy de viaje a Canarias con los compañeros del trabajo. Pasamos unos ratos muy buenos en la playa mientras nos bañamos, y luego, me voy a la cocina antes que se enfríe la comida y se enfade la mujer esa que me controla.

¡Uf, que alivio!, ya he terminado, ahora me daré la vuelta y...

¡Anda, ya se me olvidaba!, otro cabreo más si no tiro de la cadena. Dice que tampoco lo hago; creo que me quiere volver loco.

¡Hala, ya está! ¡Pues menudo ruido hace, como para olvidarse!

Espejito ¿sabes a dónde se ha ido el señor de antes, ese que estaba mirándome?.

Los relatos cortos mejor valorados del Premio Café Español 2021



IV PREMIO CAFÉ ESPAÑOL (Relato corto) 2021

Relato participante 5

Es amor

Alix Rubio Calatayud

Es amor

Alix Rubio Calatayud

Eras el novio más guapo del mundo. Iluminabas con tu sonrisa y tu presencia la pequeña capilla donde nos casamos. Me mirabas y yo me veía en tus ojos, una novia de blanco tul y flores en el pelo que te amaría siempre. Invitados, pocos y muy allegados, los amigos que habían sido testigos de nuestra historia, amigos de toda la vida con los que habíamos compartido infancia y adolescencia y alguna que otra trastada. No se trataba de un final feliz, sino de un comienzo feliz, de darle una oportunidad a la vida y a nuestras vidas, a nuestra vida futura en común. Fue el primer paso de nuestro camino juntos. No siempre resultó fácil. El trabajo, las preocupaciones, las oportunidades aprovechadas y las ocasiones perdidas, los hijos que deseamos y nunca llegaron, la soledad, la frustración, aquello de lo que no llegamos a hablar y los problemas a los que dimos mayor importancia de la que tenían. Nadie dijo que fuera a ser fácil, las rosas tienen espinas y la vida real se encuentra fuera de las burbujas rosadas de la imaginación. Recogimos flores y nos pinchamos con espinas. Seguimos senderos trillados y tropezamos con piedras que nos lastimaron pero nunca nos mataron. El que iba más rápido, hacía un alto y descansaba esperando al más lento. El más lento se esforzaba por alcanzar a su compañero. Si uno caía, el otro le ofrecía su mano para que se levantara. Así fue un año tras otro, con nuestras risas y nuestras lágrimas. Nunca me arrepentí de haberme casado contigo. Nunca me dijiste esas palabras que pregonan el vacío del corazón: "tú siempre…", "tú nunca…" Por el contrario, nos

dijimos: "gracias a ti..." No éramos perfectos, y ¿quién demonios quería ser perfecto pudiendo ser sencillamente nosotros mismos? Un día, tus ojos dejaron de enfocar correctamente; pero tras aquellas gafas que te daban aspecto de intelectual decimonónico, seguías mirándome con la misma mirada azul en la que aún me reflejaba. Tus oídos perdieron audición y ya no eras capaz de escuchar con la misma claridad a tu adorado Chopin; pero cuando te hablaba, te volvías hacia mí y me sonreías. Cuando te empezaron a temblar las manos, no permití que te avergonzaras de derramar el café sobre tu camisa o la comida sobre el mantel. Yo seguía teniendo dos manos, dos ojos y dos oídos para prestarte cuando los necesitabas. Y otro día, de improviso, saliste del baño con terror en los ojos y dijiste que había un desconocido mirándote. Fuiste olvidando momentos y lugares. Comenzaste a vivir en un reino extraño al que yo no podía acompañarte, tan sólo estar allí cuando volvías y no recordabas nada. Te enseñaba fotografías y te contaba las historias que las acompañaban. Te decía que el desconocido del espejo eras tú mismo y no debías asustarte. No podías salir solo; incluso, poco a poco, te fuiste negando a salir de casa conmigo porque las caras te daban miedo y llorabas como un niño abandonado. Yo era tu única referencia, el único puente entre el mundo real y el de tus pesadillas. De pronto, una tarde te acercaste a mí y, amablemente, me interpelaste:

—Señora, ¿quién es usted?

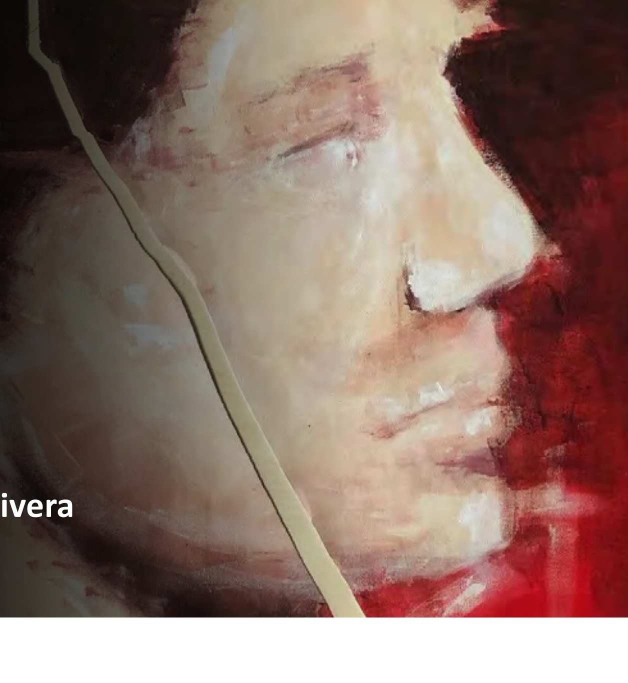
—Soy Silvia, cariño. No te asustes.

—¿Silvia? Se llama usted como mi novia. Tengo que ir a buscarla, le he comprado un anillo y hoy le pediré que se case conmigo.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos. Me habías olvidado, pero incluso en la nada en la que vivías seguías recordándome. El vacío se fue apoderando cada vez más de ti, hasta convertirte en una sombra. Dejaste de hablar, de caminar, de comer. La

muerte te sorprendió durmiendo mientras yo te velaba. Y ahora estoy aquí, delante de la sencilla tumba tras la que descansas y en la que descansaré yo cuando llegue mi turno. No sé si hay algo después de la muerte, no sé si existe el alma, o un dios o dioses. Sólo sé que me gustaría volver a encontrarte, jóvenes de nuevo. Porque lo que sentí al conocerte, lo que sentí durante todos nuestros años juntos, lo que sigo sintiendo ahora que ya no estás, es amor.





Relato nº 24

Traidor

Hector Daniel Olivera



Traidor

Héctor Daniel Olivera Campos

La habitación huele a enfermedad y a pobreza, y no sólo por el hedor pesado y acre que emana del orinal oculto bajo la cama; es, también, la cucaracha osada y negra que corretea bajo la mirada indolente del enfermo, es el pañuelo que recoge el esputo de sangre, es la mirada trágica y resignada por momentos de Dora, quien contempla a su novio enfermo. El hombre no se ha recuperado de la última pulmonía que contrajo en navidad y el médico se ha sincerado con Dora en el diagnóstico: tuberculosis aguda. Si no le atienden en un sanatorio, morirá. Dora ha escrito a la familia de Franz para que se hagan cargo de él.

Es domingo y por la radio retransmiten una misa. Dora y Franz aún no han sucumbido a la tentación de poner en venta el aparato, cuya precaria posesión se ha convertido en la frontera innombrable que separa la pobreza solemne en la que se hallan de la pobreza miserable en la que temen caer. Franz es el autor de una obra literaria genial, pero que nadie lee y que no produce nada.

Franz sigue distraído el sermón del párroco y ha preguntado un par de veces la hora a su novia, porque cada hora en punto emiten un boletín de noticias; escucharlas le transmite le irreal ficción de hallarse en conexión con el fluir del mundo. La homilía dominical se centra en la figura de Judas, el traidor por antonomasia. A Franz no le interesa la liturgia católica, pero Judas tiene una textura literaria de personaje trágico que le hace prestar atención a las palabras que va desgranando el clérigo. Si

Jesús debía ser entregado para ser sacrificado en la cruz y después resucitado como Mesías Salvador, la participación del Iscariote era más que necesaria, era inevitable, piensa el escritor. Y allá donde la inevitabilidad impera, la responsabilidad moral se desvanece. Judas, el apóstol maldito, no era más que un instrumento profético. Desde esa perspectiva, la traición de Judas y su abyecta recompensa de treinta monedas de plata formó parte del plan divino. Puede que hasta fuera Judas el único que, en aquella infausta y postrera cena, aceptara el encargo, el escarnio eterno de vender a su Maestro mientras los demás y, especialmente, Pedro, escurrían el bulto y declinaban el oprobio, ¿la traición ofrendada como óbolo de fidelidad?. Los fieles cristianos siguen maldiciendo el nombre del Iscariote veinte siglos después, sin darse cuenta de que su traición quizás fuera una forma de santidad execrable y su beso felón el más preciado acto de amor a su Maestro. Qué paradoja que el discípulo dilecto, el amigo más fiel, sea el que con más saña lo traicione.

La paradoja es una de las nodrizas de la literatura y Franz se anima al calor de sus meditaciones. Se levanta de la cama con dificultad y le pide a Dora que le pase papel y tinta. Escribe una larga carta a Max, escritor exitoso y su mejor y más viejo amigo desde los tiempos en que estudiaban Derecho en Praga. La carta es semejante a un testamento; en ella Franz Kafka le lega todos sus manuscritos, a la par que le pide, le suplica, le ordena, que proceda al expurgo que le dicta y que destruya el resto de su obra, con la completa seguridad de que Max Brod le traicionará.

Dolor

Raimundo Martín Benedicto

Samuel Marceau abrió de nuevo las ventanas, el mismo día y a la misma hora que los siete años anteriores. Le gustaba el tacto de los marcos de madera noble, la finura de las persianas mallorquinas y la pequeña terraza desde la que se podía contemplar el espectral sol que se escondía tras la plaza de Colón. Allí, cuatro pisos por encima del suelo más caro de Madrid, podría haberse sentido bien, pero sabía que eso nunca sería posible. Lo saben todos los que alguna vez han llorado ceniza.

Nunca te puedes fiar de un otoño inmaduro. Refrescaba aquel día pero seguro que Paola había echado su abrigo cámel en la maleta. Toda la ropa que su mujer le compraba era buena, discreta y elegante. Como ella, la hija del cónsul. La maleta, la vieja Gucci, pesaba como un demonio, pero siempre habría un botones dispuesto a subirla hasta la habitación a cambio de una escueta propina. Estaba seguro de que no faltaría nada: ni sus zapatos ingleses, ni el traje de lana fría, ni la camisa blanca de lino bordada con sus iniciales. Hasta habría echado unas jeringuillas de repuesto para la insulina y sus cigarrillos mentolados, que le iría dando poco a poco, racionándoselos como si fuera un chiquillo. Él sólo tenía que asegurarse de no olvidar las entradas del concierto de Sinatra, programado para el día siguiente: 26 de septiembre de 1986. Habría sido imposible olvidarlas: le prometió a Paola que cuando superara su enfermedad volverían a verle cantar, como hicieron en París en 1962.

Acarició los correajes de piel vieja y oleosa, pulida en tantos y tantos viajes. Cofre de recuerdos, valija de sueños cumplidos. La maleta estaba sobre la cama, esperando a ser abierta, pero Samuel se sintió incapaz de hacerlo. Estaba cansando y débil y se dirigió de nuevo al pequeño balcón. Apoyó ambas manos en la elegante balaustrada de mármol y gritó: gritó sin sentido, hasta herirse la garganta, hasta desgarrarla, hasta desnudar su alma. Gritó para que la ciudad conociera su dolor infinito y no pudiera dormir. Gritó y gritó. Gritó: Paola.

Estuvieron tan cerca de cumplir su sueño... El doctor Planelles les confirmó la curación y lo primero que hicieron fue comprar las entradas. Aún faltaban tres meses, pero daba igual. Habían recuperado esa vitalidad veinteañera que les ayudó a escapar de los nazis gracias a un consulado corrupto y a un pasaporte en blanco, y a reescribir una vida desflecada a la que ya sólo ella podría sonreír. Porque Samuel se sentía miserable y cobarde: por no haber sido él el deportado a los campos de exterminio, por no haber luchado por su país, por no haberle declarado su amor. Tuvo que ser Paola quien tomara la iniciativa y le jurase "que le tenía bajo su piel", quince años antes de que lo cantase Frank al otro lado del océano.

No podía arrancarse ese aroma a cobardía. Acudía a ese pequeño hotel cada año, en autoimpuesto rito expiativo, con la esperanza de superar su dolor. Pero él ni siquiera se atrevía a deshacer el equipaje que Paola preparó, con su corazón exhausto por la quimio, siete años atrás. Cuando ella murió, dos semanas antes del concierto, se juró hacer lo necesario para ver a Sinatra tal y como lo habían planeado: felices, elegantes y, sobre todo, muy juntos, en cuerpo o en espíritu. Pero ahora, con las entradas en su mano y después de ocho intentos, se sentía como lo que era: un cobarde que ni siquiera era capaz de abrir aquella maleta intacta por si guardaba un aliento de Paola, o las últimas caricias de sus manos infinitas. Temía perder hasta sus recuerdos y no

sabía cómo construir otros nuevos. Por eso miraba al abismo y después al horizonte y ya sólo gritaba vacíos. Y veía a Frankie, media sonrisa y un reproche azul, porque él se sí se atrevería, él sí "sacrificaría lo que fuera, pasase lo que pasase, con tal de tenerte cerca".

Él sí saltaría desde ese pequeño balcón.





Relato nº 64

La Mona Lisa holandesa

Pilar Alejos Martínez

La Mona Lisa holandesa

Pilar Alejos Martínez

Toda una vida de pintar solo por encargo ha convertido a Johannes en un hombre triste. Alimentar a una familia tan numerosa como la suya no resulta nada fácil. Cada noche se pregunta en qué momento cambió su creatividad y sus sueños por una vida holgada, sin hambre.

Siempre procura que sus cuadros no sean oscuros, aunque representen escenas cotidianas. Atrapa la luz de una manera tan magistral que vence a las sombras iluminando rostros, objetos y estancias. Pincelada a pincelada, da un baño de vida a esos instantes que capta su mirada. Trabaja sin prisas, dejando impreso su legado en esa claridad que irradia pureza y deja entrever la magia que esconde su alma.

Pero hoy se ha levantado decaído, perdido en el abismo de su oscuridad, cansado de silenciar sus deseos, de mantenerlos ocultos como presos en las profundidades del pecho. Permanece en la penumbra, tratando de encontrar una razón para no ahogarse en sus miedos. Hace demasiado tiempo que no se emociona por nada. Ni siquiera por su hermosa mujer, a la que ama con locura, ni por sus once maravillosos hijos, a los que adora.

Sale de casa arrastrando los pasos. Necesita sentir la caricia del viento. Que lo libere de esas garras que lo mantienen atrapado en el hastío y la rutina. Deambula por calles empapadas de silencio, que amortiguan su dolor. Llega al mercado atraído por el murmullo. Parece anestesiado, como arropado por las insistentes voces de los vendedores. Todas las personas que

pululan entre los puestos le parecen sombras, tristes siluetas sin rostro.

Prosigue sin detenerse, dejando atrás el bullicio de las callejuelas. Encamina su desesperación hacia el puerto y, a medida que avanza, su angustia se acrecienta. Por un momento, en su amargura, imagina que aquella sería una forma limpia y poética de acallar su dolor, si tuviera la valentía de dejarse llevar por la cadencia de las olas. Sentado frente al mar, observa hipnotizado su danza interminable sin atreverse a sumergirse en sus aguas. Levanta su rostro y clama al cielo para que le dé fuerzas. Abatido, mira a su alrededor en un último intento de encontrar algo a lo que aferrarse.

Por un instante, intercambia miradas con una joven desconocida que posee una belleza misteriosa. No puede evitar sentirse atraído por el magnetismo de sus ojos aguamarina cuando lo mira por encima del hombro. Repara en el exótico turbante azul que cubre sus cabellos y en el brillo de sus labios entreabiertos. En ese momento, su vida recobra sentido. Respira por la nariz sin miedo, insufla valor a sus pulmones y exhala los restos de cobardía. En ella encuentra esa locura que necesita su inspiración. Queda deslumbrado por la perla que pende de su oreja y que destella cuando se mece al caminar.

Aunque echa a correr para alcanzarla, ya es demasiado tarde. Su rastro se desvanece entre la bruma, ignorando la huella que deja en él.

La contempla tan solo un instante. El tiempo suficiente para recordarla con detalle, para poder plasmar en un pequeño lienzo su enigmático rostro, su belleza inolvidable.

Al llegar a casa, por primera vez en su vida, la pinta solo por placer. Se siente vivo de nuevo desde que ella habita su alma y guía su pincel. Con sus trazos, logra mantener su halo de misterio y que «La joven de la perla» sea inmortal.

Bajo los párpados

José Ramón Codina Villalón

A golpe de culata te sacan de tu agujero. El violento lazarillo guía tus pasos hacia la claridad que traspasa el capuchón. Te preguntas si verás la luz del sol después de más de cien días de encierro, y si esta será la última que veas. Entre graznidos de cuervo y zarpazos de campo frío escuchas una siniestra voz que descompone un «¡Carguen!» en dos sílabas cortantes. No reaccionas, como si hubiera llegado tan solo el eco de las sílabas y esperaras la voz que viene detrás que, en algún momento, inevitablemente llegará. Ni siquiera sientes miedo, no todavía. Te concentras en respirar, en el deseo momentáneo de volver a ver el cielo abierto, de comprobar si sigue ahí, tal y como lo proyectabas en el techo de tu celda. Te aferras al deseo de que esa inmensidad se imprima bajo tus párpados, de que la quietud de naturaleza te invada. Deseas llevarte contigo, algo más que el intruso hilo de luz que se cuela a través del ventanuco de tu celda. Barajas incluso la posibilidad de que, como en otras ocasiones a lo largo de sus cien días de cautiverio, se trate una vez más de una estratagema para minar tu moral, para anular del todo su ya casi inexistente humanidad. Te atraparon días antes del final de la guerra y ahora te has convertido en moneda de cambio. Y esperas tu día, el día en que te intercambiarán por un preso del otro bando o que terminarás convirtiéndote en la víctima de un ajuste de cuentas, de un uno por un otro. Entre esas dos opciones se debaten tus pensamientos día y noche hasta renunciar a la ilusión de controlar en algo tu existencia. Al retirarte el capuchón miras al cielo, la luz te ciega por un

instante y después se dibujan los cuchillos de sol abriéndose paso entre las nubes. Cuando al fin puedes ver, descubres ante ti la cruda estampa. La moneda ha caído del lado funesto. La fosa cavada y el nauseabundo olor de la muerte te lo anuncian. Un amasijo ensangrentado de carne aún palpitante, de cuerpos entreverados, de ojos perpetuamente abiertos. Alzas la vista. Frente a tí se dibuja un bosque de fusiles, de árboles de muerte perfectamente alineados. Buscas en la mirada del pelotón un resquicio de lo que fueron. Muchachos no mucho mayores que tu hijo, antes ávidos de vida, privados ahora del derecho a vivir, a sentir. Intentas no odiarlos, entender sus historias, peones al servicio de una causa u otra delimitada a capricho por un límite geográfico. Vivir al norte de aquellos, al sur de los otros. Te preguntas si su hijo estará quizá en otro pelotón, un tronco más en otro bosque de muerte, verdugo de la vida de otro padre, del padre de cualquiera de esos muchachos. «¿Desea el reo pedir algo antes de su muerte?», grita el general. Piensas en oler el mar, tu mar, en abrazar a tu hijo, la tierra donde descansa su madre. Deseas la muerte del general, de todos los generales, la muerte de otras muertes.

El general aúlla un solemne «apunten» que convierte los troncos en ramas perpendiculares de un mismo árbol, con un mismo fin, con un mismo destino. Oyes un acorde de gatillos cargándose de muerte y sientes el escozor de las manos atadas en la espalda, la grava clavándose en tus rodillas y el frío recorriendo la espalda. Cierras los ojos y los aprietas fuerte, hasta el dolor, escondiéndote tras los párpados de todo, de ti mismo. Quieres abrirlos, mirar a la cara del general, proferir un insulto, una proclama de libertad. Morir desafiando a la muerte. No eres capaz, y callas y permaneces inmóvil. «¡Fuego!», grita el general. Te falta el aire, notas el pecho anudado y los pulmones ahogados, el golpear de la sangre en las sienes. Después, un estruendo rítmico de gatillos, una sensación cálida recorriendo

sus muslos, y, entre graznidos de cuervo, el coro de carcajadas del pelotón, cada vez más real, cada vez más lejano.





Relato nº 41

Bifurcaciones

Lola Sanabria

Bifurcaciones

Lola Sanabria García

Se ha levantado algo de viento. Agita las espigas. Y sin embargo, bochorno previo a la tormenta. Silencio picoteado por parloteos de chicharras. Terroncillos pegados a mi cara. Graznidos de picos disputándose su presa. Burlan al espantapájaros que vistieron los niños. Desgarrarán mis músculos, arrastrarán mis tripas por la tierra. ¿Cómo queréis la carne, cruda o asada por un rayo? Lejanos aún, los truenos. Daría mi vida por un polo de menta. Niña endomingada con varias manchas en el vestido cual goterones verdes de lluvia. Y cielo cárdeno en el atardecer de un día de verano.

Así que voy a morir aquí después de todo. De nada sirvió alejarme del campo. Mi vida de noches de neón y madrugadas de calles desiertas no le torcieron el brazo a la adivina que, con un vistazo y un dedo recorriendo las líneas de mi mano, vaticinó una muerte campera.

No sé cuánto llevo aquí. No quiero morir embarrada. Huelo la humedad, será una tormenta con aguacero. Se me han roto dos uñas. Intento mover la mano. Duele como duelen los huesos rotos. Así que la paliza del cabrón resultó fatal. Se te ha ido de las manos, tío, escuché que dijo el sabandija de su amigo. Y no quisieron dejarme en la acera. Cuanto más lejos mejor. Tirada en un trigal. Dada por muerta.

Rebobino el espacio y el tiempo. Me levanto y camino hacia atrás, revisitando jirones de mi vida. Deshago nudos gordianos. Evito las pesadillas. Mi padre siega los tallos con una hoz. Tendremos pan para todo el año. Las sandías se acumulan en el

doblado. Jugamos a bocas de africanas con las cortezas. Mamá hace hojuelas y buñuelos para la feria. Estrenamos vestidos de colores, calcetines blancos y zapatos de ante y charol. Los cucuruchos de galleta chorrean nata líquida y bajan a mancillar los escotes. Hay barcas y tren de la bruja que es un brujo con deportivas blancas, escoba en ristre y mala leche. Hay bichitos salados en plataformas con ruedas. Hay turrones y garrapiñadas. Hay patos que nunca pescas. Hay escopetas que dan al blanco si no apuntas. Hay orquesta de noche y música de tocadiscos de mañana. Baile todo el día. Comidas en bares. Comidas en casa. Siesta ensopada en sudor. Corren las sombras en el techo de la habitación al paso de la furgoneta de un vendedor ambulante. Fotocopias de luz y oscuridad del encaje de las cortinas. Y los cuerpos aquietados por el calor. Cuerpos macerados en sus jugos. En casas y debajo de las lonas de feria. Larvas en capullos de seda hasta sus metamorfosis nocturnas, renacidas como criaturas frescas y ligeras cual mariposas.

Y la visita obligada a la tiendecilla de toldo azul profundo moteado de lunas y estrellas. La mujer se presenta como una adivina descendiente de una gran estirpe de nigromantes. Pasa las manos de dedos finos, anillados con aros rematados en serpientes y calaveras, por la bola de cristal como si la acariciara. ¿Cartas, líneas de la mano…?, pregunta. Mis amigas me empujan para que sea la primera. Todas calladas. Alguna sofocando una risita. Escalofrío de piel al arrastrar su uña por mi mano. Y la risa a mi espalda. Me mira con sus ojos ribeteados de negro cargados de ira. Así que yo iba a morir joven, comida por los gusanos, con la cara pegada a la tierra. La hemos enfadado. Pago y salimos de allí liberando carcajadas no exentas de miedo.

Supongamos que voy a morir. Morir tengo que morir. Supongamos que no ocurrirá en ninguna ciudad. ¿Joven? Puede. ¿Hasta cuándo se es joven?, le pregunté un día a mi

abuela. Hasta que se te enquiste el primer dolor, me contestó. Yo aún me siento viva. Estoy viva a pesar de haber tentado muchas veces a la muerte, de haber vivido al filo de la navaja. Todo, o casi todo, por una larva comiéndome las profundidades de la cabeza. Joven, viva y con otro futuro.

Mi cuerpo es un nicho de dolor. No sé cuántos huesos habrá quebrado el malnacido. Gritaré para resistir cada movimiento hacia un claro o un camino. Porque este trigal, como mi vida, tiene por fuerza que tener una salida de emergencia.



Relato 84

Un cuento antes de dormir

José Manuel Reyes Gómez

Un cuento antes de dormir

José Manuel Reyes Gómez

Los faros de la larga hilera de coches permitían ver caer al trasluz las finas gotas de lluvia sobre el asfalto. Miró el reloj del salpicadero y empezó a preocuparse; no iba a llegar a tiempo. Delante suya, un Toyota blanco comenzaba a pitar, lo que animó a varios vehículos más a imitarlo y a los pocos segundos, el atasco se convirtió en una sinfonía de cláxones. Los minutos continuaban avanzando. No podía llegar tarde, Sergio le estaba esperando y por nada del mundo iba a fallarle esa noche; así que apagó el motor, tomó el libro que descansaba en el asiento del copiloto y salió del coche. El resto de conductores lo miraron con incredulidad. Saltó el quitamiedos de la carretera con sorprendente agilidad y se adentró campo a través en la negrura de la noche. Quedaba poco tiempo, debía de correr más. La fina lluvia se empezó a convertir en un aguacero, y al cabo de un par de minutos ya iba calado hasta los huesos, pero no le importaba, solo pensaba en Sergio y en la promesa que le había hecho: Antes de dormir le leería su cuento favorito, el que llevaba oculto debajo del abrigo.

Casi quince minutos más tarde, estaba abriendo la puerta acristalada que conducía al vestíbulo principal. De nada le importó las miradas indiscretas que los allí presentes le dirigieron al verlo entrar completamente empapado y a toda velocidad. Enfiló el camino a los ascensores y, cuando vio que uno estaba ocupado y el otro con el cartel de “Fuera de Servicio” pegado en la puerta, decidió subir por las escaleras. Eran siete pisos y la carrera anterior le estaba pasando factura, pero le

daba igual. Solo pensaba en llegar cuanto antes. Sergio le estaba esperando. Al principio subía los escalones de dos en dos, pero al llegar al tercer piso tuvo que aminorar la marcha, el pecho le dolía y a la altura del quinto piso tuvo que pararse un momento a tomar aire, ya que notaba que se ahogaba. Comenzó a sentir un fuerte dolor en el brazo. No era un buen momento para que le diese un infarto, y menos cuando quedaban solo dos tramos de escaleras para llegar a su destino. Con mucho esfuerzo continuó subiendo escalones y abrió la puerta de acceso a la séptima planta. Apoyándose en las paredes avanzó lo más rápido que pudo. Con cada paso que daba el dolor en el pecho se intensificaba. Una enfermera detuvo su camino.

—Acaban de sedarlo —le anunció sin ningún preámbulo.

Empujó la puerta de la habitación iluminada solamente por la luz que desprendían los monitores que controlaban las constantes vitales de Sergio, su hijo de cuatro años y al que la cruel enfermedad le tenía postrado en esa cama de hospital. Se sentó junto a él y le tomó la mano. Un monótono beep se repetía cada pocos segundos como hilo musical.

Beep

—Sergio, soy papá. ¿Me oyes?

Un pequeño apretón en la mano como respuesta.

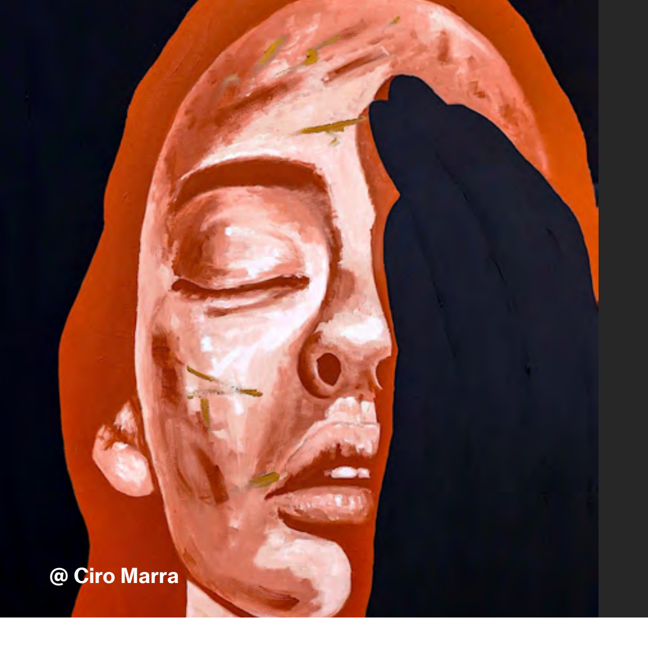
—Sergio, papá te ha traído un cuento favorito. ¿Te acuerdas que te prometí que antes de irte a dormir iba a leértelo?

Beep.

Una nueva punzada en el pecho, y con mano temblorosa sacó el libro empapado de debajo de su abrigo y comenzó el relato que se sabía de memoria después de habérselo leído tantas y tantas veces: “ Había una vez... “

Cuando terminó, el beep del monitor se intensificó y se convirtió en un pitido constante. Había cumplido su promesa. Apretó aún más la mano inerte de Sergio y se acurrucó junto a él. Ya no le importaba el dolor. Cerró los ojos; y cuando los

médicos entraron en la habitación, sobre la cama padre e hijo descansaban juntos para siempre.



IV
PREMIO
CAFE
ESPAÑOL
(Relato corto)
2021

Relato nº 62

Ahora y en la hora

Agustín García Aguado

Ahora y en la hora

Agustín García Aguado

Has cruzado la salita de la plancha como quien practica crol en una pileta atestada de pirañas, sin mirar hacia atrás, y has sentido en tus pies el roce de unos dientes de sierra. Mañana lo incineran a las nueve, pero esta noche todavía es tan tuyo que acabarás durmiendo con él en una cabaña de madera con vistas a los grandes lagos canadienses. Hoy no te ha visitado Cortázar, por cierto. Quizá mañana se presente en tu casa con un ramo de orquídeas negras y bebiendo mate tereré.

No tienes hambre, pero te has sentado en la cocina y devoras un pernil con apetito pantagruélico. Haces cosas que antes no se te pasaban por la imaginación. Por ejemplo, llamas por teléfono a antiguas amigas de la infancia que sospechas que están muertas, almidonas sábanas como quien se afana en ordenar el mundo en cajas nacaradas, y terminas cogiendo un retrato sin saber realmente quiénes son esos dos que sonríen desde los daguerrotipos. Tu marido lo reconoces por su bigote prusiano, era demasiado joven, pero siempre te pareció viejo, tan viejo que parecía un trilobite decorando el embozo de tu cama. Nunca lo quisiste, pero supo amar con la pulcritud de los seres auxiliares. Mañana esperas una ceremonia sencilla, un leve bailoteo con el cinerario de mano en mano, y amén. Después, volverás a casa, te desnudarás frente al espejo del armario, y esperarás nerviosa a que suene el timbre del recibidor.

Es siete de noviembre, pero podría perfectamente ser una fecha agitada al azar por los almanaques y la malaventura. Nunca te gustaron los colores pardos del otoño, ni las manos

huesudas de tus amantes de guardia que otorgaban cierto aspecto "burócrata" a sus caricias. No deseas establecer rangos, ni siquiera te asaltan tontas nostalgias cuando abres el vestidor y observas impasible un sombrero de fieltro, un paraguas negro con doble varilla, o unas chinelas gastadas, como testigos de tu infidelidad. Pero ya nada importa. Solo aguardas a que sean las ocho. Tu hija y tu yerno vendrán en carruaje fúnebre, y en calidad de aurigas, para conducirte al crematorio municipal. Allí, piensas, será fácil purificar tu alma entre tanto fuego y tanta plañidera. Quizá hasta te tropieces con el diablo detrás de un panteón de mármol de Macael, y te susurre algún secreto que calme tu ansiedad. Por cierto, Julio no viene. Es una evidencia incontestable. Son las cuatro y media de la mañana, y llevas cinco horas en la posición horizontal de las almas que se venden al pecado de la carne por una perra chica, pero solo adviertes el rugido del viento en la calle y un gimoteo, como de niño azotado, en la cafetera express. Te levantas con pereza, bebes un ristretto y, mientras, palpas dos cavidades allí donde debieran figurar unos pechos bien firmes. Quizá seas tú la muerta, y no lo sabes.

Cuando lo ves aparecer ya es tarde. Julio llega después de la medianoche (así son los genios de la Balcells: depravados y flemáticos), y viene en compañía de un chamarilero que compra y vende objetos de poco valor. Quieres sonreír, pero te da vergüenza que ese buhonero te vea como viniste al mundo. En esa misma cama donde un día fuiste leona rampante y diosa magmática, yaces con la respiración entrecortada. No quieres aventuras. No ahora que acabas de cruzar un río helado, y sientes como un inoportuno estertor que te cruza veloz el cuerpo. Pero no ves largos túneles ni angelitos de alabastro, y quizá esos detalles circunstanciales te hacen dudar.

Vuelves a atravesar la salita de la plancha, pero ahora utilizas con elegancia el estilo mariposa. Ya no hay pirañas en la piscina,

ni siquiera existe un ogro pequeñito que comparta penas contigo y fume tabaco inglés. Piensas en tu vida, y lo ves todo como en cuesta abajo. Es bien fácil deslizarse hasta tocar fondo ¿verdad?. Puede que el novelista de fama no haya mostrado ternura contigo, pero da igual. Marcas un número conocido de teléfono y, después de escuchar una señal, compruebas que al otro lado de la línea estás tú, eterna y siempre atenta, dispuesta a escuchar todo cuanto desees decir en un último minuto.


VI
PREMIO
CAFÉ
ESPAÑOL
(Relato corto) 2021
Relato participante 1
Efímero
José L. Guerrero Carnicero
Ciro Marra

Efímero

José Luís Guerrero Carnicero

El único testigo de su deambular errático era una imponente luna llena consciente de su efímero esplendor, ya que en apenas unas horas tendría que recoger sus plateados rayos y dar paso a los del sol que librarían del anonimato los rincones más oscuros de la calle. Él prefería la luz tenue que le procuraba la sensación de poder mantener ocultos los rincones más oscuros de su alma. El sentimiento de culpa estaba atrapado en el laberinto de sus reproches, provocados por el recuerdo de aquella mirada cargada de decepción de la única mujer a la que amó. Ya nunca podría mantener esa otra mirada, febril y enrojecida, de un destino que jamás sería amable con él.

Su vagar errabundo le llevó fuera de la ciudad y, sin saber cómo, se encontró con un enorme y desconocido acantilado. Al pisar el borde se desprendieron algunos guijarros a los que dejó de ver antes de que llegasen al suelo. La sensación de altura física era tal que al mirar a la luna pensó que podría contarle cara a cara los problemas que le habían convertido en un pertinaz noctámbulo. Después, miró sus pies y la sensación de que dar un paso sería el fin de todas sus cuitas se apoderó de todo su ser.

El trino de los pájaros le hizo darse cuenta de que había llegado la hora de cambiar de señor en la cúpula del cielo. Una bola de fuego asomaba por el horizonte tiñendo las aguas de rojo.

El viento le impedía mantener los ojos abiertos, pero en su cuerpo podía percibir el nuevo amanecer. Apartó de su mente todos los problemas y decidió disfrutar del milagro de la

naturaleza lo que le quedaba de vida. Ya no podía ser mucho, porque hacía un buen rato que había dado un paso al frente.

La muerte de Clara Sampedro

Mildred Rocío Niño Amaya

La empresaria Clara Sampedro fue hallada muerta en su lujoso pent-house esta mañana, con varias heridas de arma blanca. El principal sospechoso es su esposo, el senador Carlos Fernando Giraldo, quien fue puesto a disposición de las autoridades en el mismo instante en que se allanó el inmueble. La policía recibió una llamada informando sobre el terrible suceso.

Era la noticia del día en todos los medios de comunicación, en la televisión aparecía mi padre esposado, escoltado por varios hombres de la policía y la fiscalía. Mi pobre madre bajo una sábana color blanco, tapada de pies a cabeza.

Todo empezó anoche, era mi cumpleaños número veintidós, mi padre había bebido mucho. A él, los tragos le caían mal, se ponía de mal humor, cualquier cosa lo enojaba, subía la voz, manoteaba, a veces tiraba cosas. Mi madre trataba de sobrellevarlo, había invitados importantes, un concejal, amigos del club, las damas de la Cruz Roja. Tratamos de acostarlo, pero no quiso, era el cumpleaños de su única hija, tenía que estar a su lado. La parranda se extendió casi hasta las tres de la mañana. Cuando el último invitado se fue, papá, por fin, se fue a su dormitorio, se quedó dormido de una. Mamá recogió unos cuantos vasos, acomodó unas sillas, pero el sueño pudo con ella y conmigo. No supe más.

Me levanté a eso de las diez de la mañana, el celular de mi papá sonaba sin cesar. Entonces, entré en la habitación de mis padres y encontré la escena macabra. Mamá, en un charco de

sangre, y papá, a su lado dormido. No lo pensé dos veces, llamé a la policía.

Tuve que ir a la fiscalía a declarar, no encontré las palabras para describir la relación que ellos tenían, era buena, era mala, preguntaron. Era normal, algunos días buena, otros no tanto. Tuve que decir la verdad, que él era alcohólico, que a veces se ponía violento. Mamá lo soportaba por las apariencias, a ella le gustaban las joyas, ir al club, las entrevistas, los viajes. No importaba el precio que tuviera que pagar.

Después del funeral llegué a la casa, por fin todo está en silencio. A papá no he querido ir a verlo, ni pienso hacerlo.

En un portarretratos está él cuando lo nombraron senador, lo volteo, no quiero verlo.

No, todo no comenzó anoche. Yo tendría quizás siete u ocho años, no estoy segura, algunos recuerdos son confusos. Cada vez que él tomaba iba a mi habitación. Recuerdo el olor a licor, algunas veces se enojaba mucho. Yo tenía miedo, siempre tenía miedo al llegar la noche.

Ayer brindé muchas veces con él, conocía bien el efecto del licor en el senador. A mamá le ayudé con unos de sus somníferos, solía tomarlos cuando él tenía sus episodios. Cuando estuvimos los tres solos no pude hacer nada más que lo razonable. Ustedes creen que ella no sabía lo que él hacía.

La última frase por mi bien

María Caballero García

Manolo repite, «niña, ese hombre no te quiere». ¡Qué va a decir él!, si está enamorado de Inés desde crío y, aún hoy, pone ojillos de corderito al tenerla cerca. Veinte años de un amor no correspondido sin perder la esperanza. A la chica le gustan otros hombres, no los que son como Manolo, que en el fondo parecen unos padres. No es el ideal que quisiera abrazar por las noches y amanecer con su aliento rozando su piel. Detesta encontrárselo, desde hace un tiempo la envenena con frases que no desea escuchar y, aunque se lo ruega, no se las calla.

Inés de frases sabe un rato, lleva oyéndolas desde niña, sin comprenderlas intuyó que olían a machismo. Desconocía el significado de esa palabra, machismo, cuando la sedujo. Se la escuchó una mañana a una señora mientras aguardaba, paciente, a que su madre comprase en la frutería. Al llegar a casa, la buscó en el diccionario, como no sabía leer de corrido no entendió todo lo que ponía en esa página. Lo que sí tuvo claro fue que se refería al trato discriminatorio respecto a sus hermanos. Su madre decía, «lo tienes que hacer tú porque eres una chica». El padre apostillaba, «las tareas del hogar no son cosa de chicos». Y esa diferencia la dejaba relegada al último puesto en su familia, primero estaban sus padres, después sus hermanos, y ella, en realidad, no tenía un lugar relevante, tan solo obligaciones sin derecho a casi nada.

Frases que hieren y humillan a la Inés adolescente, «parece mentira que seas una chica». Comienza a comprender que su

valía es su cuerpo de mujer. Decide ocultar su tesoro, se avergüenza de sus pechos, del sexo naciente. Viste camisetas dos tallas más grandes, pantalones holgados, pelo rapado. El hermano mayor la tortura, «pareces un chicazo». Su madre no confía en que será una buena esposa sin haber aprendido a cocinar, a coser o a hacer ganchillo. Incluso vestida de marimacho un chico al mirarla ve lo que no muestra. Escarba entre tanta tela y aflora a la superficie una mujer con una bonita figura, bastante atractiva y más femenina de lo que pudiese imaginar. Se produce un cambio radical, la ropa entallada realza sus curvas, con el maquillaje su rostro adquiere magia, se deja crecer el cabello para que ondee con su caminar seguro. Se olvida de las frases dolorosas que tratan de hundirla.

En cada cita reafirma que el amor rompió el cascarón bajo el que se escondía y la transformó en mariposa. El hombre que la ama, se acerca tanto que el halo de su respiración empaña el cristal de sus gafas. Con el brazo izquierdo sujeta su cabeza, Inés entorna los ojos, aguarda el ansiado beso. Aproxima el brazo derecho a la joven, no para acariciarla, le quita la pintura de labios en dos manotazos, uno hacia un lado, otro hacia el contrario. Inés no ve su cara, la imagina ensangrentada de rojo carmín. No comprende esta reacción. Su cuerpo se tensa, no pestañea, exige una explicación. Tiembla al compás de la rabia que brota en su interior. Él, con mirada de loco, la agarra por el cuello, le sugiere que no vuelva a pintarse, que a partir de ese día con la cara lavada, y ya le dirá la ropa que se puede poner. No debió pronunciar esa última frase, «es por tu bien, bonita». En cuanto la suelta, corre, la falda ajustada impide que avance. La sube de un tirón, sin mostrar lo prohibido descubre aún más sus bronceadas piernas. Uno de los zapatos de tacón lo tira lejos, el otro resbala de su mano con suavidad. Se deshace la coleta, el cabello revolotea tan libre como se siente ella. En ese

momento desconoce su destino, solo sabe que por su bien no dejará de correr.

Manolo la espera en la esquina, como cada tarde, para verla pasar. Sería sencillo detenerse, abrazarle y quedarse con el hombre que le ofrece un amor protector, sincero y de igual a igual. Sería un gran error, porque no está enamorada, le quiere, pero de otra forma, sin llevarlo clavado en lo más hondo ni desear envejecer a su lado.


IV PREMIO CAFE ESPAÑOL
(Relato corto)
2021
Relato n° 55
Mariposas de mansa muerte
Luís Nazaret Solís
@ Ciro Marra

Mariposas de mansa muerte

Luís Nazaret Solís Mendoza

No siempre se empieza con las palabras indicadas, pero sin duda son las que deben estar ahí, a la sombra de infinitas posibilidades paradigmáticas, alimentándose de las que fueron borroneadas o desterradas al cajón de los tal vez. Estas palabras que usted ahora lee son las que el escritor creyó que eran las adecuadas en ese segundo en que la inspiración vino a su rescate y fecundó en el paladar el adjetivo que le diera sentido a la afanosa descripción de la lluvia, de su caída y de su gorgoteo sobre el pavimento. Yo, como corrector profesional, me enfrento de golpe a esa urdimbre de emociones que van de un lado a otro, en su intento por formar algo que tenga sentido, que guste y que sea inolvidable. Algo con alma. Pero no, mi trabajo no consiste en amasar lo que otro ha emulsionado. Yo me limito a cambiar una coma, a enderezar frases y a sugerir unidades léxicas que hagan brillar lo que aquel o aquella han escrito. El editor es quien se enfrenta cara a cara con el autor y le dice qué cambiar, qué mejorar. O eso era en los viejos tiempos. Lejanos. Editor y autor se llevan los aplausos o las derrotas. El corrector pasa inmediatamente al olvido. Alguna vez compararon mi profesión con la de un mecánico: limpiar, reemplazar las piezas, tener la maquinaria a punto y que todo funcione bien. Pura ignorancia.

Un corrector también debe abrir su corazón y enamorarse de lo que cae en sus manos, de la misma manera en la que el escritor ama cada uno de los seres que ha dado vida a través de las teclas del ordenador. El corrector es el *alter ego* del autor.

Esta no es una vil afirmación. Hagamos un breve ejercicio de reflexión y respondamos sobre qué clase de escritor se avergonzaría de lo que ha obrado su alma. Ergo, ¿qué clase de corrector es aquel que no siente la misma pasión que sintió el autor al comparar la caída de la lluvia como mariposas de mansa muerte? Cito el contexto lingüístico, para evitar carroñeras lecturas: «Mariposas de mansa muerte caen divertidas en esta tarde de invierno. Así luce el día en que mataré a la mujer que amo». Sería un crimen literario el reemplazar cualquiera de esas cuatro palabras para evitar la cacofonía del sonido de la letra eme: ma – man – muer. La belleza de esta comparación reside en la superación del ruido en favor de la aparente paradoja de la imagen. Cualquier sinónimo podría eliminar la insoportable aliteración, pero destruiría lo que el autor quiso expresar. Intente cambiar mansa por, digamos, pacífica o dócil. Además, nótese que estos mismos sonidos casi se repiten en la segunda parte de la estructura, como reforzando semántica y fonéticamente la idea en un todo insegmentable. ¿Qué alma atormentada ha logrado tan admirable declaración de intenciones? ¿Quién es capaz de comparar la lluvia con la muerte, y estas con el accionar consciente del personaje? Yo fui incapaz de tocar una sola letra. Sabía que las distorsiones fónicas eran inadmisibles y que mi trabajo corría peligro si no era capaz de mejorar esa redacción. A pesar de mis miedos, no me atreví. Sí realicé algunos cambios sin importancia, alguna tilde en alguna interrogativa indirecta y alguna que otra precisión léxica. Mantuve la mayoría de los ¿errores? incluso a sabiendas de que el autor no tuvo ninguna otra intención —metafísica o psicológica— al distribuir indecorosamente palabras en las que el sinfón tr chirriaba con mucho escándalo. Sin embargo, tales cambios sin importancia dieron muerte al texto original. Lo había asesinado. Y me quedé ahí, absorto, releyendo el cadáver de una novela que no era ni

de él ni mía; un cadáver que, milagrosamente, respiraba y daba vida a algo que se nos iba escapando de las manos.



IV PREMIO CAFÉ ESPAÑOL (Relato corto) 2021

Relato nº 81

El único de la clase

Inma Calvo Giménez

El único de su clase

Inma Calvo Giménez

Miguel era el pequeño de cinco hermanos varones. Siempre destacó por su sensibilidad y por su absoluto desinterés por los juguetes de sus otros hermanos: ni automóviles, ni balones, ni dinosaurios, ni cromos llamaban su atención. En el parque, donde el juego es puro movimiento, Miguel correteaba con los demás, subía y bajaba del columpio y del tobogán, se pegaba con la chiquillería…pero cuando aparecía una niña. ¡Ay, como apareciese una niña!. Se olvidaba de sus hermanos, de sus abuelos y de sus primos. Se iba directo a ella y le gritaba: "¿Quieres jugar a mamás y papás?". Para regocijo de las niñas y mirada inquisitiva de los padres. Si, además, la niña se había traído consigo alguna muñeca, la tarde ya estaba hecha y de nada valían las sugerencias de los mayores para que cambiase o alternase de juego. Miguel cogía al bebé, lo besaba y acunaba, lo tapaba con el trapito. Eso hizo que Miguel tuviese muchas amiguitas y empezó a escuchar y a estar rodeado de un discurso en femenino selecto que él absorbía por completo.

A partir de entonces, toda la infancia de Miguel estuvo observada y medida con el rasero de la "normalidad". Su padre, arrastrado por la sospecha, observó el comportamiento de cerca. La adolescencia y la pubertad de Miguel fue alarmante. La dirección del centro educativo acabó llamando a casa de los padres: se escondía a solas con las niñas, le pillaron encerrado varias veces en los baños de las chicas, le vieron toqueteando las bragas de sus compañeras.

¿Que sólo quieres aprender, Miguel? ¡¡¡¿Pero el qué, por el amor de Dios?!!!

A punto estuvieron de expulsarle. Pero tenía un currículum impecable, que hacía subir la media de su clase. Eso y la influencia de su padre (el doctor Jacobo, tan conocido) evitaron la patada que en cualquier otro centro le habrían propinado.

Aquel incidente pareció calmar al aparente siempre inestable Miguel. El pequeño de la familia fue creciendo como también lo hacía el resto de la prole. Sus estudios en los años finales de la Secundaria no hicieron más que progresar. En algunas materias, como biología, era brillante, el mejor de su clase. Tanto que sus preguntas ponían en evidencia al profesor. Su interés por la anatomía femenina no tenía límite. En el último examen oral escuchó: "¡Sal con alguna en lugar de estudiarlas tanto, idiota!"

Bachillerato también terminó y la prueba de acceso a la Universidad fue un paseo tranquilo. Con tan exquisitos resultados, las puertas de los siguientes años se abrían sin trabas. Podía hacer lo que quisiera.

Lo que quisiera.

La reunión con su padre estaba al caer. Días antes de formalizar la elección de los estudios, el doctor Jacobo se reunía a solas con cada uno de sus hijos en su despacho. Allí los arrinconaba entre títulos enmarcados, menciones honoríficas y el reconocimiento de los colegas. Así había sido con sus hermanos, y también él pasaría por lo mismo. Sí, tenía todas las puertas abiertas, pero él esperaba que sólo pasase por una (es por tu bien).

Caminó por los pasillos de la Escuela mirando las orlas de las últimas promociones y leyó en voz baja:

—Carmina, Andrea, Silvia, Isabel, Carla, Nuria, Julia…

No podía demorarse más. Cerró despacio la puerta del despacho de su padre.

—Has sido el más singular de mis hijos. El que más quebraderos de cabeza me ha dado, también el más inteligente. Sabes que tu madre y yo nos hemos desvivido por ti…

—Sí, padre.

—Sabes que siempre hemos intentado entenderte y que te hemos sacado de más de un apuro. Ahora, con estos resultados académicos espero que sabrás hacer lo que más te conviene…

—Entonces creo que te alegrará saber que también viviré de la Medicina.

—¡Miguel! —gritó emocionado— ¡Por un momento pensé que ibas a decir que querías ser actor o cualquier locura! Qué alegría me das que sigas la tradición familiar. ¿Qué especialidad quieres seguir? ¿Cardiología? ¿Neumología? ¿Dermatología, como tu hermano Tomás?

—Papá —y levantó el mentón con orgullo—, yo sólo quiero ser una cosa desde que tengo cinco años. Entraré en la Escuela de Enfermería. Seré partero, comadrón. Probablemente, el único varón de mi clase. ¿Y sabes una cosa? Me da igual.


IV PREMIO CAFÉ ESPAÑOL
(Relato corto)
2021
Relato nº 34
S XXI. Romanza de amor y de… pendencia
Juan F. Ruiz Claver
JF. Ruiz C.

S. XXI: romanza de amor y de… pendencia

Juan Fernando Ruiz Claver

Reposo el pie desnudo sobre la gélida baldosa, aún confuso entre dos mundos atrapado, consciente de no tener a nadie al lado, lo cual pesa en mí como una losa.

Mis dedos se dirigen displicentes, a sofocar picores urticantes… hora la oreja, hora la frente, hurgo otras zonas y de repente, ¡albricias!, palpo miembros prominentes que despiertan enhiestos y colgantes.

¿Habré soñado, me cuestiono inquieto, con alguna cita sórdida, indecente, repleta de marmóreos glúteos prietos, labios dulces e incitantes, senos redondos y turgentes, culminado todo aquello finalmente con un "Geiser" de fluidos desbordantes?

Frente al cristal de un sucio espejo repaso mi silueta con esmero: arrugas, pocos dientes, (algún grano pajero), tez cetrina y un antojo con forma de galleta, conforman mi perfil barriobajero. ¿Habrá alguien, me pregunto entonces, que vea en mi "la beta en una mina", que soy un partidazo, un bombón de crema, un caballero, y quiera, (por supuesto sin mediar dinero) que le pegue un buen un abrazo, o deje que le arrime la sardina?…Ya sé que soy burdo y grosero, y que mis expresiones no son finas; al fin y al cabo, me he criado en un granero, echando de comer a las gallinas…

Bajo el agua tibia de la grata ducha oigo rugir mis tripas impacientes con fiereza, pidiendo a gritos un café caliente, con su leche, dos de azúcar, mandarinas y un par de tostadas ungidas con sirope de cereza. Reparo en observar mi barriga

prominente, y me reconcome una atroz certeza; compiten lo irreal y lo coherente, pelean la ansiedad y mi cabeza… ¡A la mierda: a esta rebanada voy, y le hinco el diente!... (Y puede que después, llame a mi gente y quedemos a tomar unas cervezas).

Luego de saciar mi gula vespertina, te miro y comprendo al instante que, pese a ser tan fría, tan distante, juntos compartimos las cosas triviales y divinas: un mensaje, que Fulano de Tal tiene una amante, que Bisbal se quitó la permanente, aquel señor, que desapareció al doblar la esquina…suena un vals, después, un "popero" desafina…así, invitas a mi cuerpo sandunguero a bailar melodías refrescantes. Mas, por dios, ahora que me tiro a la piscina, punta - tacón, punta - tacón, derecha "alante", has de pinchar mejor… ¡Atina: no me pongas al llorón de Bustamante!...

Te hago mil preguntas, ignorante, por tener de aquello trascendente el mayor conocimiento. Quiero saber cuánto vive un elefante, a qué edad perdemos nuestros dientes, ¿las Azúcar Moreno siguen juntas?, ¿Quién escribió La Divina Comedia… fue un tal Dante?...Tú me contestas al momento, no titubeas ni un instante, te sobran claro está conocimientos, más pecas en exceso de pedante.

Pasas de lo humano y lo divino; tu imagen hierática, tu tez férrea, tus conexiones, indican que, por más que yo lo intento, mis cuestiones, te importa, en principio, un pepino; o, hablando en Román paladino: ¡Que mis dudas te sudan los cojones!

Hemos de mantener las relaciones, pues vivir sin ti sería insoportable. Aprenderé a controlar mis emociones, a ser discreta, paciente y más amable. A disfrutar de tus cursis citas, de tus ridículas canciones; a valorar que, aunque arrastre los talones, ahora no me enredo con el cable…

Con lo del tiempo eres canela fina, certera, cual bruja que consulta su balón esférico; predices lluvias en el sistema Ibérico, superando al mismísimo Mariano Medina. Harto estoy de oírte

hablar de meridianos, de tornados que afectarán con virulencia… "Para hoy tiempo seco y soleado, salvo algunas precipitaciones por Valencia"…

¿No será que quieres "distraetme", "llevatme" la contraria, "despistatme"?... ¿Acaso solo buscas "confunditme", "contatme" tus mentiras, "abrumatme"?... ¿Es tu intención "soliviantatme", "ponetme" de los nervios, "ofendetme"?.... Sé que nada gano al "excitatme" ¡más, ganas me dan de dispararte con un Cetme!

Lejos queda lo de estar tranquilo, y tengo algún ataque de epilepsia, me hundo en fobias, pierdo muchos kilos, sumido en la bulimia o la anorexia. A tiempo debería de plantearme, a fin de ir aceptando tu presencia, un curso de terapia al que apuntarme; yoga quizás, tal vez papiroflexia… o algo que consiga relajarme.

Tiro la toalla, abdico, pues no entiendo mi existencia; (con lo a gusto que estaba yo "solico"), por última vez te imploro, te suplico:

¡PARA DE UNA PUTA VEZ, "ALEXIA"!





Relato nº 107

Margaritas

Deyanira Sanguino Mateus

Margarítas

Deyanira Sanguino Mateus

Cada mañana él entraba en mi habitación, con su acostumbrada sonrisa, cargando la bandeja del desayuno y una fresca margarita. Solo verlo provocaba en mí una explosión de histeria. Como siempre, él intentaba calmarme haciendo alarde de una gran paciencia. Odiaba ver su cara, siempre tan condescendiente. Yo sabía que sus grandes esfuerzos se concentraban únicamente en mantenerme tranquila para poder retenerme; sus bellas margaritas, aunque mis favoritas, no lograban convencerme de lo contrario. Me mantenía prisionera en una cárcel que decía era mi hogar. De vez en cuando, en medio de un gran esquema de seguridad, me llevaba a visitar un hombre obeso que siempre estaba sentado detrás de un escritorio negro en una oficina silenciosa y helada. Era su cómplice. Primero me desnudaba y después de incomodarme con sus auscultaciones, ciego a mis reclamos, me enviaba nuevamente a la prisión en compañía de cientos de píldoras que aborrecía; solo le interesaba mantenerme dopada y así evitar que les diera tantos problemas.

Cuánto los detestaba, en especial a mi carcelero. Él intentaba alimentarme ignorando que yo conocía de sus intentos por envenenarme poco a poco, entonces, enfática, rechazaba la comida. El hombre me llevaba la cuchara a la boca y con sus torpes zalamerías pretendía obligarme a comer, pero yo de un fuerte empujón enviaba todos sus manjares a volar. Sí que me divertía observándolo, enfurecido, llevarse las manos a la cabeza y, como un crack del fútbol, empezar a patear lo primero que

encontraba; al rato se calmaba y recogía en silencio mi desorden. Eso me encantaba y mis carcajadas invadían la habitación. Era esa mi manera de vengarme, hasta que se cansara de mí. Algunas veces lo lograba y en sus desesperos me gritaba, aunque al rato pedía perdón. Qué estupidez, pensaba. Le bastaba con abrir la puerta, desatar mis cadenas y acabar así con la mutua tortura. El botín no debía ser muy grande, no recordaba haber tenido dinero ni tampoco recordaba a alguien que quisiera pagar por mí; ni siquiera recordaba de dónde venía ni por qué estaba con él. No recordaba ya nada y eso era consecuencia de la droga que todos los días me obligaba a tomar. Lo único que tenía claro era que necesitaba escapar, ser libre, volar hasta encontrarme otra vez, pero este hombre custodiaba cada segundo de mi vida. La paga debía satisfacerle bastante y yo tan solo tenía insultos para luchar.

Ayer en la tarde me llevó al jardín y me dejó regando las margaritas mientras entraba a la casa a por mis píldoras. Mis pies entonces desplegaron sus alas y volé, con todas mis fuerzas; alcancé la cerca, la escalé y salté. Seguí corriendo calle arriba tan rápido como mis alas me lo permitían, con renovados bríos, impulsada por un arrebato de energía, sin saber hacia dónde pero rebosante de alegría al saborear la miel de mi anhelada libertad. No quería parar. Escuchaba algunas voces a mi espalda gritando ¡Margarita, Margarita, Margarita! No me giré, yo no me llamaba Margarita. Al fin un hombre truncó mi huida y sujetándome con fuerza me retuvo hasta entregarme nuevamente en los brazos de mi carcelero que se lanzó sobre mí, exaltado, gritando:

—Qué susto me diste, por favor, ¡no me hagas esto otra vez! No soportaría que te pasara algo.

Agradeciendo a todos me devolvió a la prisión. Lloré de rabia y frustración. Él también lloró. Sus suplicas estremecieron las fibras más dormidas de mi alma a tal punto que los nubarrones

que cubrían mi cielo se despejaron completamente, obligándome a reconocer que yo era Margarita y mi carcelero, Jacinto, mi marido; el único que me amaba de verdad y que me acompañaba a naufragar en el olvido. Mi bastón, la luz de mis tinieblas. Abrazándolo, fui yo quien pidió perdón. Corté un ramo de margaritas, me encerré en la habitación y escribí esta historia. No sabía si un día acudiría en mi auxilio, de nuevo, esta brillante lucidez; no sabía si tendría derecho a otra oportunidad. Entonces escribí rápido, con apremio. Escribí para él, para Jacinto, antes de que las odiosas sombras me atraparan indolentes y me convirtieran nuevamente en la víctima inocente de un carcelero infernal.


IV PREMIO
CAFE
ESPAÑOL
(Relato corto)
2021
@CiroMarra
Relato nº 129
Diálogo con
Caronte
Victor Olivencia Castro

Diálogos con Caronte

Victor Olivencia Castro

• • • Tiene gracia, la de horas que pasé esperando el autobús en una parada del extrarradio, para ir a trabajar mientras pude. O las interminables esperas en salas de hospitales. Nunca llegué tarde al trabajo, pero el diagnóstico sí que me llegó demasiado tarde. Tanto como para estar ahora en esta orilla, esperando a Caronte, el barquero. Me he pasado media vida esperando, sería mi sino quizás.

Escucho cómo se aproxima la barca, hay una espesa capa de niebla, no se ve casi nada. Aquí ya no llevo reloj, no hay manera de saber cuánto llevo esperando. Toda una vida de ansiedad, esclavizado por el reloj, y después por el teléfono móvil, y ahora en mi último viaje ni siquiera sé el rato que llevo esperando. El tiempo tal y cómo lo conocemos en vida se difumina al borde de esta orilla. No se está mal aquí, estoy tranquilo, lo que tenga que ser, será. Ni siquiera llevo cartera, y espero que eso no sea un problema. He escuchado habladurías sobre el precio a pagar por el traslado, y yo no llevo nada.

El sonido de la barca se acentúa, ya se deja ver la silueta de una sencilla embarcación, y la de su barquero, que a dos brazos viene remando.

—Dicen que hay que llevar una moneda para pagarme—(parecía que me hubiera leído el pensamiento)—. Pero es mentira, como tantas otras cosas que se dicen sobre la muerte, sobre la transición desde la vida, y que son falsas. Jamás dejé a nadie en tierra, este viaje es gratis, suba.

De aspecto demacrado, serio. Caronte me ofrece su mano y me ayuda a subir a su barca. Se percibe un olor a humedad que no desagrada, esa barca debería estar podrida por los años, pero sigue flotando, se podría decir que es eterna aunque los seres mortales como nosotros seamos incapaces de asimilar una palabra como esa. siempre, en un universo que no sabemos cómo empezó, ni cómo acabará.

—Nada es como os han dicho.

Quizás el barquero intuyó, otra vez, lo que pensaba y rasgó el silencio, dando a aquel momento otra dimensión, más cálida, si fuera eso posible en semejantes circunstancias.

—¿Sabe usted lo que me espera en la otra orilla?

Nada más terminar la frase me arrepentí de mi propia osadía, sea como fuere, estaba a punto de descubrirlo.

El barquero no se inmutó, ni siquiera me miraba a los ojos. Sólo remaba despacio pero sin pausa.

—He perdido la cuenta de las veces que me han hecho esa pregunta. Personas que vivieron como si no hubiera un mañana. Otras que se pasaron la vida creyendo lo que le contaban otros, cumpliendo hasta la saciedad con dogmas que una vez algún "mensajero" puso por escrito en algún libro sagrado. No hay libros sagrados. Fuiste libre desde el primer momento, viviste como quisiste vivir. Nunca hubo una cadena real, fue un espejismo con la silueta de unas argollas y te las dejaste poner tú mismo, por parte de quien trató de esclavizarte. Trabajaste duro, hasta el extremo de enfermar, para que otros pudieran vivir mejor que tú. Confiaste ciegamente en charlatanes que te prometieron un futuro mejor, o en iluminados que te convencieron de que las cosas eran como ellos decían. Si no aceptabas, estarías perdido, para siempre. Nadie sabe lo que significa la palabra siempre… Todo lo que alguna vez has sido, o has creído que eras, te llevó hasta la orilla desde la que acabas de embarcar. En breves instantes llegaremos a la otra orilla, ni

siquiera sé si encontrarás allí respuestas. Sólo soy el barquero, no te puedo ayudar más. Habrás pagado en vida el precio por los errores cometidos, ahora ahí delante, lo que hay ni es premio ni es castigo, esas palabras perdieron su significado una vez que subiste en esta barca. Nada es como te han contado que sería, ni la luz es luz, ni la oscuridad es oscuridad.

De repente la barca tocó tierra en la otra orilla, Caronte soltó los remos y por primera vez me miró a la cara.

—Ya te puedes bajar…


Ciro Marra
IV PREMIO
CAFÉ
ESPAÑOL
(Relato corto)
2021
Relato participante 12
DE LA TIERRA
Y DE TÍ
Alejandra G. Durán

De la tierra y de ti

Alejandra Gabriela Durán Escamilla

De unos meses a la fecha colecciono macetas. Es extraño cómo con el paso de los años uno comienza a hacer cosas que juraba detestar, o bien deja de hacer sin remordimiento aquellas que amaba. Para bien o para mal, estas piezas frágiles ahora habitan la barda de mi casa, un espacio que no tiene jardín. Estoy segura de que, de haber sabido antes la inminente sed de tierra y semillas que se despertaría en mí con la edad, habría procurado que el espacio tuviera este pequeño detalle.

Años atrás, al otro lado de mi ventana de niña hubo un rectángulo de vida verde. No me gustaba. Salir a él era sinónimo de tender ropa, meterla, limpiar las travesuras de mi perro mal adiestrado o sucumbir a las picaduras de insectos bastante desagradables. ¿Ves? Uno cambia con los años, qué bueno que esas cosas ya no me molestan porque, ahora que las recuerdo, me hacen pensar en una versión mía bastante intolerante y delicada.

Hoy las flores me siguen emocionando, aunque un poco menos. L, cada que puede, me regala muchas, pero yo me angustio de no poder conservarlas como quisiera porque mis gatos adoran tenerlas dentro de la panza. En esta lucha constante contra sus hambrientas mandíbulas siempre termino perdiendo; sin embargo, salgo convencida de que las plantitas en maceta son privilegiadas por tener un tiempo más largo de existir, por contar con la oportunidad de adaptarse a su espacio y también de reclamar cuando éste no les gusta. Así debería ser yo.

De ayer a ahora no soy la arqueóloga que de niña quería, tampoco soy secretaria ni pollera, mucho menos física o bailarina. Soy lo que juré nunca ser: profesora. Ni hoy ni mañana seré la súper investigadora erudita SNI multilingüe a la que aspiré en el pasado, ni la cantante reconocida *influencer* que se me ocurrió un día. Soy, no soy y no sé qué quiero ser. Me siento atrapada en un presente sin direcciones claras que espero algún día poner en orden.

Por mientras, me gustan las tardes lluviosas y el café tibio. Un día viajé a la ciudad azul y conocí un mar africano donde habitan camellos que pisotean a diario enormes conchas de colores. Estuve en la gruta donde el tiempo se detiene y sentí cómo su neblina despertó poco a poco mi dolor más silenciado, no sé por qué pero sabía a comida de lata y decepción. Las noches me recuerdan el miedo a los insectos, sus estrellas, el beso de algún hombre pasado. No soy fan del ejercicio ni de las responsabilidades adultas. Me encantan las frituras y me duele que traigan consigo el cancerígeno amarillo 5. No me gusta rimar al escribir prosa, me desespera al igual que las filas largas y no tener internet.

Quiero ir con E a lugares desconocidos, comprar un bajo, tener tiempo de crear canciones, ser menos insegura y aprender a rappear. Por ahora puedo seguir tomándole fotos a mis gatos cada que se dejan, resolver el misterio de sus orejas sincronizadas y regar las macetas cada tercer día mientras dejo que el tiempo me devuelva los sueños o el hambre de querer hacer algo bien. Ya se verá.

Renacer

Markos Arroyo

El llanto estentóreo pugnaba en sonoridad con las brutales palmadas contra la tapa del ataúd. Una y otra vez. ¡Blam! ¡Blam-blam!. Incesante desesperación. El eco del sonido retumbaba lúgubre en la sala en la que se iba a proceder a incinerar al difunto. Mientras, los asistentes apartaban de su mirada el duelo dejando paso a la perplejidad que provocaba el hombre adherido con energía al féretro. El aire se sentía denso de desgarradores gritos de dolor infinito, acompañados de palabras ininteligibles propias de alguien cuya cordura ha huido por la pérdida de un ser querido.

Había sido imposible separar al doliente hermano de la lujosa y hermética arca de caoba durante el largo día de velatorio. Incluso en aquellos momentos en que el hombre parecía dormir abrazado al féretro nadie osó acercarse para quebrar su voluntad de no separarse de la caja de madera, y obligarle a descansar. El miedo a la violencia de sus abruptas reacciones mantenía varios metros de distancia entre el ataúd y los asistentes al funeral.

Los presentes se acomodaron a aquel esperpento como quien se acostumbra a la arena incandescente de la playa, consintiendo el comportamiento impropio del millonario, desesperado por el fallecimiento de su hermano. El cansancio de aquel tétrico velatorio había dejado unas profundas huellas en el doliente potentado, extremadamente ajado por la fatiga.

Tan extraña resultaba la desmedida desesperación del hombre, como el hecho de que nadie tuviera noticia de la existencia del hermano. Muchos combatían el estupor

comentando el rumor sobre la supuesta vida disoluta que había acabado prematuramente con la vida de aquel, desconocido para la concurrencia, hermano pobre.

A pocos segundos del comienzo de la incineración todavía era imposible apartar al demacrado y exhausto hombre del sólido féretro. Su voz, rota por el dolor, hacía temer a muchos por la salud de aquel hombre maduro que continuaba golpeando con insistencia el ataúd, entre lamentos y sollozos ininteligibles.

Sólo se separó de la caja cuando ésta comenzó a desplazarse automáticamente hacia el horno crematorio. E incluso en ese momento, el hombre ya separado para siempre del féretro de su hermano, gritaba con atronadora voz de demente:

"¡Ayuda! ¡Vive! ¡Socorro! ¡Por dios, socorroooo!"

Cayó en el suelo, agotado. Al mismo tiempo, el cajón del difunto desapareció de la vista. El horno crematorio se lo tragó y las llamas comenzaron a devorarlo sin piedad. El duelo había terminado. Los más valientes se acercaron para poner en pie al hombre. Al ver que éste mostraba un rostro completamente relajado, la cohorte de aduladores, que suele rodear a los millonarios, se volcó en vanas palabras de consuelo y en falsos ofrecimientos para aliviar el pesar que provocaba la pérdida de un hermano.

Pero nada de lo que acontecía alrededor parecía afectar al hermano vivo. Su rictus muy ajado, pero distendido, ignoraba el avispero de caras expectantes que le rodeaban.

Caminó lentamente buscando la salida del tanatorio para renacer en una nueva vida. La vida que su hermano había disfrutado hasta ahora y que a partir de ese instante le pertenecía en exclusiva a él.

Ninguno de los asistentes al funeral fue capaz de interpretar la sonrisa perversa que afloró en su rostro. Ningún colaborador solicitó practicar la autopsia del supuesto harapiento borracho. El público no se percató de los gritos y golpes desesperados que

provenían del interior del ataúd. Nadie podría interpretar jamás el obsceno susurrar entre dientes que se hizo habitual en él: "El rico al hoyo y el gemelo al bollo".



IV PREMIO CAFE ESPAÑOL (Relato corto) 2021

Relato 86

La alfombra

Ivette Crespo-Bonet

La alfombra

Ivette Crespo Bonet

Nunca me he tropezado con ella y, en honor a la verdad, no recuerdo cómo llegó a la casa. La alfombra redonda de bordes flecados siempre ha estado allí, en medio de la sala. Sin que nadie alabe su belleza o se tome la molestia de al menos reconocer su presencia. Pero aquello que en algún momento fue urdimbre, y que hoy se despliega en el piso de mi sala, me ha resultado más fiel que muchos.

Cuando recién me mudé a la nueva casa, la soledad era asaz. Sin conocer a nadie y empezando desde cero, a falta de muebles me sentaba sobre ella. Me abrumaba la solitud y creo que hasta consoladora me absorbió algunas lágrimas. Luego, llegó algo de prosperidad junto con nuevos amigos y fue así como ella atestiguó que todo pasa, que aquello fue solo el comienzo y no debí desfallecer.

La alfombra, pobrecilla, también me acompañó en amores. Aquel conjunto de hilos colocados paralelos con sus cordones de tela retorcidos y trenzados, me escucharon hablar de amor. Fue acaso parado encima de ella que juré amar por toda la vida a una persona que ya no existe. Creo que aquel día hasta danzamos sobre ella. Recibió estoica algunas gotas del vino con el que celebrábamos y que la manchó para siempre. Sin embargo, no tardó mucho tiempo en escucharme rumiar mi pena y, no vale la pena negarlo, volvió a recibir mi llanto; esta vez quizás con resquemor.

Un día de esos que no pasa nada, le noté un descosido. Unos hilos sueltos crearon una abertura que parecía una herída. No

sé nada de remiendos ni costuras pero aquello no podía quedarse así. Me tomó casi una mañana entera enhebrar la aguja y comprobé que, sin duda, más fácil entraría un rico al cielo. Elegí el hilo del color más parecido a su tono y con alma de sastre, me entregué al remiendo. Reforcé con puntadas un tanto inexactas, tanteando cuando ajustar y cuando soltar. Lo mismo que tantas veces he hecho con mi vida.

Incólume.

Siempre presente.

Viendo pasar el tiempo con temor a ser desechado una vez cumpla el propósito.

Quizás nos parecemos bastante porque a mí también me han pisado, me han ignorado y me he roto y, a pesar de ello, he seguido ahí. No importando que tenga remiendos. Tal vez sea eso lo que me hace valorarla, el saber que existe algo parecido a mí. Un objeto, que aunque inanimado, es lo más que se me asemeja.

Hoy dejaré la casa y, aunque prefiero viajar ligero, la llevaré conmigo. Necesito pensar que la compañía no solo es necesaria para quien la recibe sino también para quien la ha dado.

De salida me he tropezado con un vecino que, luego de haber husmeado, me pregunta si estoy seguro de dejar tanto abandonado.

—Solo llevaré lo importante, lo demás ya está olvidado.

Él cree que he dejado un tesoro pero yo pienso que el oro me lo he llevado.

Una cosita de nada

Mariana del Rosal

No, chiquita, ya no llores, perdóname por favor, perdón… Acá estoy, soy yo, no pasó nada, ya va a pasar. Ya te vas a poner bien. Fue un accidente, si justo te me cruzaste, si yo solo quería espantar esa mosca posada en la pared, es verdad que estaba un poquito nerviosa y que durante toda la tarde me estuviste reclamando atención pero no fue tu culpa, no tuviste nada que ver, yo nunca hubiera… solo que justo estaba por cocinar y no vi que te me acercaste, sentí tu mano tirándome de la ropa pero yo no, yo nunca…

—¡42!

—Hola, sí, traigo a que revisen a mi hija.

—…

—Dos años y ocho meses.

—¿…?

—Se golpeó la cabeza contra un estante en casa.

—…

—Sí, yo estaba con ella. No, no había nadie más. ¿Por?

Esta hija de puta no me cree. No me cree, se lo veo en la mirada. Y esta nena que no deja de llorar. Y toda esta sangre, Dios mío, ¿será un corte tan profundo? Dicen que la cabeza sangra de nada. Para mí que no, para mí que justo le toqué un vasito y que es mucha sangre pero que no le va a pasar nada. Como sea, a lo mejor un puntito. O dos. Después cuando crezca se deja el flequillo y listo, ni se le va a notar la cicatriz. Si es algo superficial, cuando le baje la hinchazón seguro que no es nada.

—…

—¿Diagnóstico por…? ¿Y dónde queda eso? ¿Me llaman por el nombre o el de la nena?

—…

—Sí, sí, gracias.

¿Radiografía? ¿Para qué radiografía? Si cualquiera puede ver que es solo un cortecito, un golpecito de nada, justo encima del párpado, y la cara sangra mucho, todo el mundo lo sabe. ¿Por qué directamente no me la cauterizan, la desinfectan bien y ya? Y este imbécil qué me mira. Por qué parece que me sigue. Ya está bien, soy la madre, obvio que quiero que la revisen, saber que está bien, bueno, no, bien no está, lo sabe cualquiera, escuchá cómo grita, se va a quedar dormida como una bendita cuando pase todo esto y me la pueda llevar a casa. Y tengo que tratar de limpiar antes de que llegue Pablo a casa y se pudra todo. Los vidrios quedaron desparramados por todo el piso de la cocina. Y me la traje descalza, de pedo que no se cortó la planta del pie también.

—¡Sí, sí, acá! Ahí la llevo.

Ya está empapada la toalla, no me va a pedir que se la saque solo para sacarle la radiografía, ¿no? Al menos ya no llora tan fuerte. Se ve que se cansó.

—…

—María Belén. Dos años y ocho meses.

—¿…?

—Se golpeó contra un estante en casa.

—…

—¿Así? ¿Mirando para ese lado? Quietita, mi amor, shhh, que no escucho a la doctora.

—…

—¿Qué olor? Yo no siento ningún olor… Ah, ¿usted dice? No, si será el antiséptico que le traté de poner para… ¿vino? ¡Para nada! ¿Cómo voy a dejar esas cosas al alcance de la criatura?

—¿…?

—Y, qué sé yo, supongo que con la punta del estante, es un estante como medio, a ver…

Esta otra también me la tiene jurada, en lugar de calmar y curarme a la nena me quieren volver loca, como si no le pudiera pasar a cualquiera, como si perder un segundo la paciencia fuera un crimen, como si los chicos de esta edad fueran angelitos impolutos, como si tomarse una mísera copita, y qué sé yo si eran las dos de la tarde, las cinco, las once de la noche, los días, las noches, ella siempre mamá-mamá-mamá, si fuera tan grave, cómo iba a calcular que iba a estallar así esa botella de mierda, por favor, nena no te duermas ahora, no te duermas que la doctora tiene que ver las fotos que te sacaron, y que vas a ver que no es nada, vas a ver que ya pasa, que no duele, que ya pasa….





CiroMarra

Relato nº 153



Stop

Punto (Pseudónimo)

El abuelo solía decir que no pensaba morirse y, que cuando lo hiciera, regresaría para contar lo que había en el más allá. Y cada vez que en la puerta de la Catedral aparecía la esquela de un difunto, se acercaba a ver si era conocido y dolía decir: *Cuando esté yo allí, os estaré escuchando, así que cuidado con lo que decís*.

Como a mí no me apetecía quedarme sin abuelo le aplaudía la broma y seguíamos a lo nuestro, con sus clases de ajedrez en la mesa del parque, en su taller de miniaturas donde me enseñó a elaborar pequeñas emisoras de radio y golpeando el balón de fútbol hasta que picaba el sol y nos obligaba a ponernos a cobijo.

El abuelo no sabía mucho de letras. Decía que en su época no había tiempo para ir a la escuela pero que durante la guerra escribía con rayas y puntos. A mí ese juego me divertía mucho porque nos permitía hablar con el abuelo en clave, sin que nadie pudiera inmiscuirse en nuestros secretos. Durante las comidas apartábamos bolitas y cortezas de pan para elogiar el asado de mamá o hacerle ascos a las acelgas. Nos amonestaban por nuestras risas pero jamás comprendieron nuestros mensajes cifrados. Ni nuestra unión. No podría decir qué vínculos sobrehumanos existían entre nosotros pero durante su última semana de su vida no paré de miralo. "Al abuelo le va a dar un infarto"-dije tan preocupado que logré preocupar a todos los demás.

—¿Te quieres callar de una vez? Tanto repetirlo le va a dar de verdad. Me sentí culpable. No hubo nada que hacer. ¡Tan repentino!

Acurrucado en mi habitación no podía parar de pensar en que no volvería a verlo nunca más. Que no podría hablar con él. Que se había ido. El único consuelo fue que me había dado tiempo de preparar mi proceso de duelo con más tiempo que los demás.

Cuando estuvo la esquela colgada en la puerta de la Catedral me acordé de su advertencia. Él estaría allí, escuchando. Me habría reído si no hubiera estado tan triste.

Tras el sepelio, tardé varios días en poder acercarme de nuevo al camposanto. Me dolían las piernas por la falta de ejercicio. Al sentarme en una esquina de la lápida, lo vi. Su telegrama.

"Aquí se está bien. Stop. Tranquilo. Stop. Feliz. Stop. No deberías estar llorando. Stop. Utiliza lo que aprendiste. Stop. Te quiere. Stop. Tu abuelo. Stop"

Nadie me habría creído así que, tras el sobresalto, callé. Supe que era la única forma de seguir manteniendo nuestro secreto a salvo.

Mi madre se quejaba de que encontraba la lápida del abuelo sucia.

—Por más que le paso un agua con jabón, siempre hay piedras y palos. Dichosos cuervos. Deben anidar cerca y se les caen del pico los trozos de nido.

Mientras nosotros, a lo nuestro. Con nuestro lenguaje de siempre. "Estudiaré Ingeniería. Stop. Me iré en tres semanas. Stop. Ahora existen los teléfonos. Stop. Tienen WhatsApp. Stop. Admiten Morse. Stop. Te echo de menos. Stop."

El abuelo tardó lo suyo en mandar el primer telegrama a mi móvil. Me asusté porque coincidió la semana de exámenes.

"Estudia. Stop."

Demasiado escueto. Suficiente para desencadenar un arrebato de celos de mi novia.

Que con quién me escribía. Que esa pelandusca se iba a enterar. Que no se lo esperaba de mí. Que si no le daba una buena explicación, cortaba conmigo.

"Corto y cambio. Stop" —le dije al abuelo.

Nunca un telegrama pudo contener tanta información con tan poco contenido.

Me sentí como uno de esos espías alemanes en mitad de la guerra, que con el sonido de las campanillas intentaban cambiar el destino.

Y más solo que nunca porque escribí la palabra equivocada. El hilo telegráfico jamás volvió a funcionar.



Relato nº 83

Quimera

Virginia Cortés Moncó



Quimera

Virginia Cortés Moncó

Treinta años habían pasado desde que Tomás, con su flamante titulación, abriera su agencia de detective privado. Un sueño hecho realidad..

En la puerta de la agencia rezaba un letrero con el nombre de "Thomy, Larry & co. Detectives" y debajo del pomposo nombre en letra diminuta añadió la palabra "Quimera".

Cuando recién abierta la agencia su amiga Nina le preguntaba ¿por qué ese nombre, por qué esa profesión?, Tomás, con la amabilidad que le caracterizaba, le contestaba que quién en su sano juicio le pondría a una deslumbrante agencia "Tomás Laredo Cortes", que era su verdadero nombre y que así, aunque era solo uno, parecían tres, como Romeo y Julieta, como los amantes de Teruel. Nina reía con ganas cuando Tomas repetía aquella absurda broma.

En cuanto a la elección de la profesión, ésta era su vocación desde la infancia. Le apasionaba desde niño, desde que veía con verdadero fervor las películas del inspector Colombo, aquel desaliñado y cargante investigador que tenia una mente preclara para resolver casos, aunque solo fuera por aburrimiento de los investigados.

La verdad es que a Tomás le hubiera gustado ser hippie, pero su familia era pobre y no podían costearle esos lujos. De manera que se conformó con la carrera y la ayuda para emprender el negocio del que llevaba comiendo toda su vida.

El añadido de "Quimera" que situó bajo el nombre de los tres falsos investigadores lo añadió posteriormente y como resultado de la experiencia.

Su profesión, exceptuando algún que otro caso de fraude laboral, se movía, como él decía, entre cuernos. Las infidelidades copaban el grueso del trabajo, por lo que consideraba que el amor era una quimera y así quiso expresarlo en aquel mini rotulo.

Hubo, sin embargo, no hacia mucho tiempo, un caso que le conmovió y le hizo creer que igual estaba equivocado y el amor eterno era posible.

Una tarde lluviosa se presentó en la agencia una dama que quería contratarle para investigar las ausencias del marido. Hasta aquí nada extraño, pensó.

El perfil sí era menos común ya que la dama tenia setenta y ocho años y el marido ochenta.

La mujer le contó que hacía mas de tres meses que el marido tenia un comportamiento raro, desaparecía todas las tardes sin decir a dónde iba.

En ocasiones regresaba a casa con flores, en otras sin nada, pero siempre triste, muy triste.

A Tomás le produjo tal ternura aquella mujer que acepto de inmediato el caso.

No mucho tiempo después, y por primera vez en su vida, Tomás, rompiendo el código deontológico y saltándose a la torera la ética profesional, charlaba con la mujer y le explicaba amablemente que no tenía de que preocuparse. No había otra mujer, sencillamente en su marido empezaba a hacer estragos la demencia senil y el pobre hombre se despistaba con frecuencia. Cuando esto ocurría, se sentaba en un banco con su anillo de bodas en la mano esperando que ese tacto familiar le devolviera la memoria y le pusiera en camino a casa.

Tomás no le cobró el trabajo y la mujer, resplandeciente, le agradeció el peso que le había quitado. Esa tarde recibió con una caricia en la cara a su desmemoriado y anciano esposo.

Cómo podía Tomás explicarle que sí, que efectivamente ese pobre hombre visitaba tarde tras tarde a quien había sido su amante desde hacia más de cincuenta años. El amor de su vida y por quien daría la suya propia y que ahora se debatía entre la vida y la muerte esperando su cercano final en la cama de un hospital.

Cómo explicarle a aquella amante mujer que su marido la quería de verdad, pero que su verdadero amor había tenido que vivirlo en la clandestinidad y que le pesaba como una losa que hubiera sido así, pero que no pudo, para su desgracia, hacerlo de otro modo. Que la ignorancia y la sociedad no le dejaron vivir un amor pleno con su compañero de vida, Ramón.

Después de algún resquemor de conciencia, Tomás se reconcilió consigo mismo y nunca se arrepintió de haber faltado a su ética profesional.

Sigue sin creer en el amor, solo cree en aquella historia.



Cirro Mara

IV PREMIO CAFÉ ESPAÑOL
(Relato corto)
2021

Relato participante 15:



Insomnio

Faviola Llamas

Insomnio

Faviola Llamas Guzmán

Me acurruco en su pecho tratando de sentir algo de paz. Llevo horas intranquila, manías de uno cuando no sabe qué hacer por la noche..

Él se queda dormido, yo me pongo juguetona. Su cuerpo me responde con un gruñido.

¿Qué carajo le dio a él la paz que yo anhelo?

Me alejo de ese cuerpo, me siento en el sillón y me sirvo un whisky. A él le choca que tengamos alcohol en la habitación, así que procuro esconderlo en el segundo cajón a la izquierda. Nunca lo ha notado o finge muy bien que no.

Ya voy en mi segundo vaso y no tengo ganas de dormir. Me encuentro ahí viéndolo y tomando, buscando algo productivo que hacer.

Recargo mi cabeza en el sillón, cierro los ojos dos minutos. Después los abro sólo para descubrir que mi vaso se encuentra, de nuevo, vacío.

No sé que pasa, generalmente tengo el sueño ligero, pero duermo de 4 a 5 horas corridas, en el último mes de tres a cuatro horas. En las últimas semanas, mejor no contarlas. Me arrullo con el sonido de mis pensamientos. Duermo.

El sonido del agua golpeando el suelo me despierta, es él tomando su baño matutino, eso quiere decir que son las 7 a.m., dormí tres horas. Mi cuello está torcido.

El sonido del agua ya no se escucha.

Él sale con la toalla cubriéndolo de la cintura para abajo. Me ve estirando mi cuello y dice en tono de reclamo —Deja de beber—, sonrío y contesto —Si tú dejas de dormir.

—Existen las pastillas

—Esas cosas ni tocarlas, me tumban -me defiendo-.¿Comemos juntos?

—Tengo trabajo.

Me tumbo sobre la cama. Regresa el silencio.

Él anuncia su partida. He visto el techo por más de 30 min.

Escucho el sonido de la puerta de la entrada. El único sonido que me indica la ausencia o presencia de ese cuerpo que no es el mío.

Estoy muy cansada. Me levanto, me visto y empiezo a sacar toda mi ropa del armario, la acomodo en una maleta. Agarro todo. Escribo una nota que dejo sobre la cama y salgo de esa casa.

La nota dice: Regreso cuando recupere el sueño. Belén.

Balcón

Oscar Alejandro Jacobsen

Piso diez. El balcón que da a la avenida. El ventanal que une el pequeño comedor del departamento con el balcón está abierto, dejando entrar el murmullo plateado de la noche en la ciudad. El pequeño comedor es una habitación modesta, con un recorte de alfombra en el medio. Sobre él, una mesa ratona de pino, teñida de colores pardos. Contra una de las paredes, está recostado un sillón con el tapizado raído, cubierto por una tela verdosa para disimular. Las paredes desnudas, gastadas, le dan al ambiente una palidez ausente. Una banqueta de mimbre aparece sobre un rincón, junto a una lámpara de pie, apagada. Completa el lugar una cómoda ancha, una herencia, con un doloroso portarretratos en la parte superior y con las puertas desvencijadas. El desorden habitual: un libro abierto sobre la mesa ratona, un vaso caído y una botella vacía en el piso, un abrigo sobre la banqueta y el cenicero gris sobre la cómoda, desbordado de colillas y cenizas. Una abertura ancha comunica el pequeño comedor con el pasillo que une todos los ambientes del departamento. En el diminuto espacio, solo hay lugar para un cuadro de Chagall, un lienzo artesanal y una lámpara amarillenta que cuelga quieta desde el cielorraso, frente a la puerta del baño. La puerta de madera está cerrada. En el baño está el hombre con las manos sobre el lavatorio, frente al espejo, con la cabeza agachada, pegando el mentón contra el pecho. Suspira. Todo el vacío de su historia va en ese suspiro. La luz blanca, rebotando contra las paredes también blancas, lo aturde. Se acaba de mojar la cara, se ven algunas gotas chorreando

sobre sus mejillas y el pelo salpicado. Tal vez esté buscando en el espejo el gesto que lo salve, que lo libere de la espera. El piso de baldosas marrones enfría sus pies descalzos. Tiene el torso desnudo. Cuelga de su cuello un cordón negro con una medalla plateada. La medalla tiene unas iniciales grabadas que él ve ahora invertidas y reflejadas en el espejo. Un silencio en caída recorre el departamento. La espera, el vacío y la niebla violácea que lo envuelve lo ahogan. El hombre abre la puerta del baño. Antes de salir apaga la luz. En el pasillo, no le presta atención ni al lienzo ni al cuadro, sale casi esquivando la luz que cuelga del cielorraso y sus pasos lo van metiendo en el pequeño comedor. Pasa sin gestos de un ambiente a otro. Camina lento, con pisadas ajenas. Pasa entre la mesa ratona y el sillón cubierto con la tela verdosa que disimula sus roturas. Llega hasta el ventanal. Deja atrás el portarretratos, el libro, el vaso, el cenicero y la botella. Cruza el ventanal. Avanza sobre el balcón y se trepa a la baranda. Salta.

En el Edén

Victor Mancilla Campos

A la tía Paty [La Pantera]

Uno y dos, dos y tres, tres y… vuelta, vuelta, vuelta. Los objetos giran y giran a gran velocidad. De ellos sólo percibo su color tránsfuga y esas risitas que armonizan con el piano de Liszt. Uno y dos, dos y tres y… vuelta, vuelta y vuelta hasta que me mareo y feliz ruedo por la alfombra. Los objetos pisan algún pedal para detenerse y de a poco volver a ser los que son:

Un sillón, la mesa ratona, el retrato de la tía y ese cuadro en la pared: toda esa luz jugando con los colores, erigiéndole las formas, marcándonos el ritmo. Este azul abismal, el naranja y el vivo marrón, el verde holgado y los bailarines ejecutando su danza circular en el edén. Los objetos al fin vuelven a quedarse quietos. Les sonrío y les pregunto dónde andaban. Tambaleándose aún, solamente los escucho reír de sus diabluras.

Reímos.

Demasiada delicadeza, pensaban algunos; tanta que conmigo ya no sabían qué hacer, se quejaban otros. No soy como esperaban. Tener expectativas propias, anhelos, que te nazcan unos propios y sean distintos a los que depositaron en tí, es casi una traición. Eso decían. Pero no se siente así. Yo más bien disfruto este aire ligero y el piano de fondo que va mejor con esta forma de mirar los objetos al reconciliarse con el mundo.

Ni más ni menos que mi mundo. Soy como soy.

Me gusta mi cabello largo, ahora suelto en la alfombra, aunque no todos lo aprueben. Cuando lo tenía corto parecía gustarles más. Pero varios se adaptaron al cambio: empezando por la tía. Llevo mi ombliguera de la Pantera Rosa, el short de terciopelo y mis calcetines de corazones que me hacen recordar la infancia. No sólo es ropa. Es esa parte de mí que se expresa con un estampado, una tela en particular y unos colores que poco saben de discreción.

Desde que daba vueltas en casa de la abuela, ya me regañaban: te vas a caer. Y sí. Me caí. Pero no podía evitar el deseo de sentir ese mareo, su vértigo, ese pedirle al mundo que girara a mi alrededor por un momento. Me caí y me rompí la clavícula. Luego de volver del hospital, la tía me pegó un Kótex en la frente e hizo que bajara a cenar con toda la familia. Son para la cara, me dijo antes. Te va a quedar bien bonita, prometió al limpiarme las lágrimas y luego pegármelo: Ya verás. Y sí vi. Ella, la tía, allá arriba carcajeándose y todos, abajo en la cena, pegando de gritos. Yo no entendía qué pasaba, pero igual me reía. En aquel entonces la risa era sinónimo de alegría y simplemente me dejaba contagiar.

Pero no todo fue romperse un hueso. También estaba el vértigo, girando como un trompo a todo lo que da, más abajo del ombligo. Qué rico meter una mano entre mis piernas y hacerme bolita mientras el mundo me cautivaba con su inercia.

Tampoco eso les parecía bien. Pero igual lo hacía a escondidas.

Como probarme las faldas de la tía para experimentar esa libertad al no tener una gruesa costura entre las piernas que entorpeciera movimientos más amplios, más flexibles y, por qué no, más íntimos. Una parte de mí trasluciéndose en esa motricidad secreta, recóndita, al dar vueltas y más vueltas.

Luego dejé de reír, pero la tía no tardó en solucionarlo: cuando me dijeron sarcásticamente lo bien que me vería con zapatillas, mallas y tutú; cuando insistieron en que debía elegir

otra cosa, fue la tía quien mostrándoles la palma de la mano les puso un alto. Ella, su tiempo y su dinero que se ganaba trabajando de cajera, me permitieron elegir lo que quisiera elegir.

Un azul abismal, el naranja y el vivo marrón, el verde holgado, agarrados de las manos y bailando en círculos, vuelven a mí cuando olvido que las cosas son lo que son, si se están quietas, y distintas cuando se ponen en movimiento.

Y heme aquí dando vueltas.

El piano allá poniéndose en marcha con el pas couru. Y la tía riendo en el edén.


IV PREMIO
CAFÉ
ESPAÑOL
(Relato corto)
2021
Relato participante 11
Un lirio azul
Mercedes Maroto
Cirro Mara

Un lirio azul

Mercedes Maroto Márquez

No sabía por qué, pero sentía miedo. El corazón le latía fuertemente y el ruido que golpeaba sus oídos era ensordecedor. Contrastaba su inquietud con el profundo silencio y la paz que reinaban en el jardín.

En aquel cementerio junto al mar solo se oían a lo lejos las olas que, furiosas, se estrellaban una y otra vez contra el acantilado; podía divisar el ancho océano que aquel día estaba bronco, gris, agorero...

La tarde caía, apenas los rayos del sol conseguían atravesar el espesor del cielo, y el viento jugaba a placer con las ramas de los árboles.

"¿Vendría aquella tarde?", se preguntó el joven mientras contemplaba la límpida lápida de mármol blanco.

Aquella tumba destacaba entre todas por su belleza y conservación; parecía muy reciente; en la piedra se podía leer: "demasiado joven, demasiado pronto", pero ningún nombre, ninguna fecha, ninguna foto, solo una fresca flor de color azul.

De pronto, oyó cerca unos pasos; sin duda, era ella. Escondido tras un árbol, pudo observarla una vez más con detenimiento. Sus facciones le eran conocidas, también su cabello rubio, aquel abrigo negro..., todo le era familiar.

La joven comenzó a hablar; su voz era dulce y, entre sollozos, le escuchó un nombre, el de Pablo… También él se llamaba así. Le pareció un hecho curioso, al que no prestó demasiada atención, pues su pecho bombeaba cada vez con más fuerza y

su mente, imparable, recibía mil estímulos de aromas, luces, recuerdos….

Los sollozos de la chica se convirtieron en profuso llanto y, era tal su desconsuelo que, no sin cierto reparo, decidió acercarse a ella; le ofreció un pañuelo blanco y vio cómo este caía al suelo; la joven no reaccionó al verlo, ningún gesto, ningún movimiento; seguía hablando y llorando sin reparar en él.

Su desconcierto fue enorme, mil imágenes se agolparon en su cerebro: las olas, el rugir del viento, las duras piedras y el insoportable dolor en todo su cuerpo. Al fin, comprendió la razón de su profundo miedo: el joven que había muerto demasiado pronto no era otro que él mismo.

Sabedor de su destino, se acercó a Lucía, le besó la frente y le acarició los labios. La joven llevó la mano hacia su boca y sonrió levemente, dejando sobre la tumba un lirio azul.

Gardenias

Faviola Llamas Guzmán

Emilia entra toda vestida de negro, hasta los calzones que trae son negros. Camina por una de las calles del panteón cargando unas gardenias blancas. Sabe perfectamente a dónde va: ocho cuadras derecho, tres a la izquierda y cinco a la derecha. Debe llegar junto al árbol de olivo que mandó sembrar Francisco para esta ocasión. Se quiso ir temprano para ver cómo habían arreglado el lugar y asegurarse de que las flores están colocadas de manera adecuada.

—Puras flores blancas—, le dijo a la recepcionista que le preguntó por los detalles.

Emilia espera a la comitiva junto al árbol. El asiento reservado a la viuda lo puede usar alguien más. Ella desea estar parada durante el servicio. Ve llegar el féretro cargado por sus hijos y el único hermano de Francisco. Detrás de la caja viene la poca familia que aún conservan y que los visita de manera regular. Más atrás desfilan los amigos y las mujeres de la vida de Francisco. Desde su primera novia hasta su última amante. —Eso de que las mujeres viven más debe ser verdad— piensa Emilia al verlas.

Alfredo, el más pequeño de sus hijos, se para junto a ella. Las mujeres lloran cuando el sacerdote empieza a hablar. Los amigos de Francisco se ven agotados, lo habían velado toda la noche jugando dominó.

Anita, la última amante de Francisco, se ve desecha —Pobre, deberían darle mi asiento— piensa Emilia. La voz del sacerdote la está arrullando. Empieza a hacer una lista mental de lo que

debe hacer después del entierro: arreglar la pensión, el testamento, quitarse el luto ¿Y después? Podría viajar, meterse a estudiar un diplomado en arte e invitar a desayunar a sus amigas a su casa. Piensa en todo aquéllo cuando siente unos ojos mirándola, la dueña es Hortensia, la mujer a la que más amó Francisco.

Hortensia fue hija de un hombre al que metieron a la cárcel, por eso la familia de Francisco se opuso al matrimonio. —Ella qué culpa tiene— dijo Emilia cuando Francisco usó la historia para meterse a su cama y curar su corazón roto.

Emilia sabía que ellos dos se veían una vez al año en un café cerca de los arcos.

—Hortensia es la que debería sentarse en la silla de la viuda. Ella ya lo ha perdido dos veces, yo sólo una- se dice mirándola —a ella sí le queda bien el negro y los ojos hinchados de tanto llorar—. Ve que en sus manos trae unas gardenias blancas y de su cuello cuelga un collar de perlas, era el collar de la abuela de Francisco —Con que ahí fue a parar—.

La única cosa que le creyó a Francisco fue la de las gardenias blancas y ahora también Hortensia las trae.

Cada mañana, durante más de 60 años de matrimonio, Francisco entraba al cuarto con unas gardenias blancas para Emilia. —Estas flores son sólo para ti— Le solía decir.

—Ay, Francisco— dice en voz alta antes de ponerse a llorar. Alfredo la abraza. Emilia llora más. La sientan en su silla y sigue llorando. Tiene tantos papeles que arreglar y está perdiendo el tiempo en el entierro.

Ventana

Alberto Jesús Vargas Yáñez

El oficio de limpiacristales en una ciudad tan vertical como Nueva York tiene sus peligros, pero cuando se convierte en una rutina, carece de emoción. Suspendido en el aire por un arnés y con un cubo adosado, recorres las ventanas de los rascacielos descubriendo a través de ellas el impersonal ajetreo de las oficinas o la fútil cotidianidad de los habitantes de la gran urbe. Quizás porque no hay nada que predisponga más al amor platónico que el aburrimiento, me quedé inevitablemente colgado de una mujer que ocupaba un lujoso apartamento en el piso 68 de un edificio de la Quinta Avenida. Ella, que desde el primer momento descubrió que la observaba, lejos de sentirse turbada o de afearme la impertinente intromisión, aprovechaba la oportunidad para pasearse complacida en sofisticada ropa interior por todo el espacio al que alcanzaba mi vista, haciéndome sentir un mortal que, elevado a las alturas con mono de trabajo, descubre los encantos de un ángel de Victoria Secret. Y tras los recorridos de pasarela tocaba la escena culminante. Recostada en el sofá, en un ejercicio de autocomplacencia, acariciaba sus formas de diosa del encaje y la blonda hasta alcanzar un espasmódico éxtasis que venía a coincidir con el desbordamiento de la espuma de mi cubo, agitado en perfecta sincronía con su progresiva excitación.

Semejante juego se prolongó durante no pocas semanas, hasta que un día, rompiendo todas las pautas por ella misma marcadas, quiso comunicarse conmigo a través del cristal, y utilizando su iPad me mostró inexpresiva un texto. Me citaba

esa misma noche en la terraza del 230 Fith de la Quinta Avenida esquina a la Calle 37, donde había reservado una mesa a su nombre que hasta ese momento yo desconocía. Naturalmente acudí, lo mejor vestido que pude, a ese encuentro que resultó de pocas palabras tal y como cabría esperarse de dos personas que se sientan frente a frente sin tener nada en común. No importó demasiado. Terminamos la velada en su apartamento donde por primera vez entre nosotros pusimos en juego todos los sentidos.

A partir de aquello cambiamos la forma de relacionarnos y la empresa, a petición propia, me destinó a otro edificio. Como amante a domicilio empecé a visitarla con la regularidad que ella fijaba, siendo consciente de no ser más que un entretenimiento dentro de su vida llena de lujos y carente de ilusiones. Pero algo pasaba para que no acabásemos de funcionar con la intensidad con que lo hacíamos cuando éramos unos desconocidos que se encontraban a través de una ventana. Por eso yo, temeroso de convertirme demasiado pronto en su juguete roto, tomé por una vez la iniciativa y superando mis complejos de hombre doblegado a sus caprichos, la invité a mi modesto semisótano cerca de Brooklyn. Una vez allí, sin ni siquiera hacer la intención de atraparnos en algo parecido a un abrazo, le pedí que se situara al otro lado de la puerta acristalada que separa el cuarto de estar de la minúscula cocina. No hizo falta explicarle nada. Separados por esa barrera, le di tiempo antes de asomarme y cuando lo hice, la vi luciendo un espléndido conjunto de ropa interior, para mi sorpresa, no del color negro al que me tenía acostumbrado, sino de un delicioso rosa palo, lo que solo cabía interpretarse como una sutil declaración de amor. Y mientras, abstraídos de todo lo demás, recuperábamos gozosos nuestra particular manera de ser el uno para el otro, la noche se instalaba en Nueva York y sus miles de ventanas, poco a poco, empezaban a encenderse.

Jazmín

Omar Rubén La Rosa

Ese día fue exactamente igual a todos los últimos 10 días, casi, casi desde el comienzo de la primavera.

La noche anterior no había dormido muy bien, las consecuencias de su relación con ella hacían estragos en su cuerpo y poco o nada mitigaba el dolor el recuerdo de su dulce y penetrante perfume.

Como se había hecho costumbre en la última semana, tomo una pastilla, en la espera del alivio que el medicamento le proporcionaría, y trato de dormir, con poco éxito.

Él sabía que, si esto no se solucionaba pronto, tendría que tomar una decisión drástica, tenía que sobreponerse, ser más fuerte; unos instantes de voluptuoso placer sensual, sus caricias, su belleza, su embriagante perfume, lo estaban matando, pero… es tan linda. Y él, que se consideraba un hombre duro, debía admitir que ella lo podía.

A la mañana, mal dormido, desayunó unos mates y se fue a trabajar. Todo el día estuvo ocupado en diversas tareas, por lo que para nada se acordó de ella y un cierto alivio lo reconfortó. Cuando notaba que podía estar todo el día sin ella, crecía su determinación de cortarla, no la necesitaba, el mundo no se acababa cuando ella no estaba, y su cuerpo retomaba la fuerza y vitalidad que tan bien lo hacían sentir… sí, sí, sí, sin lugar a dudas, tenía que cortarla.

Con esa idea en la cabeza emprendió el regreso a casa. Mientras manejaba, iba repasando los pasos que daría, cómo se le acercaría, y cómo la cortaría, sin decirle nada, sin intercambiar

palabra, solo la cortaría y arrojaría los restos a la basura. Si; se tenía que terminar así, por su propia decisión, no cavía esperar a que todo sucediera naturalmente, su cuerpo no soportaría la lenta agonía de esperar que todo se diluyera con el tiempo, porque, de eso también estaba seguro, más tarde o más temprano todo acabaría, ella cambiaría, su belleza ya no sería igual y su embriagador perfume, inevitablemente, se desvanecería y desparecía. Pero estaba seguro de que no lo aguantaría, debía tomar la decisión y hacerlo.

Porque ¿para qué prolongar esto? ¿Cuánto más podía durar? Seguramente que no mucho...y entonces, ¿Por qué no aguantar? ¿Por qué privarse así de su belleza, del placer de verla cada mañana al irse y cada tarde al regresar? Odiaba la duda, el sentirse así, inseguro, por una cosa tan tonta. Eso lo enojaba más. No, no; tenía que cortarla y debía hacerlo ya.

Llego a la casa con la decisión firmemente tomada. Sin bajarse del auto, abrió el portón automático, se estacionó en el jardín y… al abrir la puerta para bajarse… La realidad le golpeó con la fuerza de un huracán. Solo abrir la puerta fue suficiente para que su perfume lo invadiera todo, para que su cerebro, embriagado por el aroma, le ordenara quedarse quieto, disfrutando las imágenes de la belleza y el placer que ella le brindaba.

Entonces una lagrima comenzó a correrle por la mejilla, no pudo evitar notar su debilidad en este acto; luego se le hizo como un nudo en la garganta y le nació el incontenible deseo y estornudar…no una sino dos, tres, cuatro veces.

No, no había duda, era fuertemente alérgico a las flores; o podaba la planta o se moría.

Baile de números

José Miguel Abajo Soler

Paulino Bolaños abrazó a Rita, la viuda de Román Morisco, musitando su pésame. La bonita iglesia de la villa marinera estaba a rebosar. Rita y Román pasaban allí sus veranos desde que eran niños y sus amigos habían ido para despedir a Román. "¡Qué pena! ¡Tan joven y con hijos pequeños!", era el lamento común entre los presentes. Mientras el sacerdote recordaba a Román, cuyo enlace con Rita había bendecido, Paulino, Lino para sus amigos y sus compañeros del banco, recordaba sus últimos encuentros con Román. Lino es un banquero privado especializado en deportistas y artistas. Sus clientes y su carácter extrovertido lo habían convertido en la estrella de la Sucursal. Todos se apresuraban a complacerle, no fuera que alguno de sus importantes clientes se enfadara. Ni el director osaba ponerle límites. Aunque los nombres de sus clientes brillaran más que su aportación a la cuenta de resultados del banco, permitían al director presumir en la sede central de la actividad comercial. Y Lino se aprovechaba. Sus notas de gasto eran autorizadas sin mirar. Y nadie cuestionaba sus operaciones.

Todo iba sobre ruedas para Lino. Hasta que contrataron a Román. Román había trabajado en el departamento de control interno de otra entidad y había fichado por la Sucursal para trabajar en la ciudad donde vivía su novia, Rita, y así poder casarse por fin. Su rigor chocó desde el principio frontalmente con el comportamiento de Lino. Ambos mantenían una tensa cordialidad. Lino se vio obligado a justificar las atenciones comerciales que tenía para con sus exclusivos clientes. Román

no pasaba ni una. Desde su cubículo acristalado dominaba todo el back office de la Sucursal. El director confiaba cada vez más en Román. Lino veía con preocupación esta injerencia de Román en las operaciones de los gestores.

No era sencillo captar a deportistas y artistas que solían tener un ego desmesurado y a quienes había que impresionar. Si difícil era captarlos, más complicado resultaba conservarlos, pues todos los bancos querían tenerlos como clientes. Su sueldo de banquero privado no alcanzaba para los trajes italianos que vestía y la berlina alemana último modelo que conducía. El yate que alquilaba en verano para invitar a sus clientes a un crucero en las islas se llevaba varios meses de su salario. Así que tuvo que idear algo. Trabajaba en un banco, y en los bancos hay dinero. Sólo hacía falta saber cómo cogerlo sin llamar la atención. Y sabía cómo hacerlo. Llevaba tiempo haciéndolo.

Nadie se había percatado hasta ahora. Pero Román parecía haber empezado a sospechar. Le había llamado a su cubículo acristalado para preguntarle por unos asientos contables realizados desde su terminal. Lino había pasado un mal trago y sólo había acertado a decirle que se trataba de un baile de números. Un baile de números, repitió Román. Le había agradecido a Lino su explicación, pero continuó repasando la contabilidad.

No le había quedado alternativa. Tenía que hacer algo rápidamente. La idea se la dio un artículo que había leído sobre la anafilaxia, una explosión alérgica que afecta a todo el organismo y que se produce de forma muy rápida, y que podía ser fatal. Román nunca comía frutos secos en los picoteos del banco y les había hablado de su alergia. Uno de tantos días en que Román se quedaba sólo en la Sucursal, Lino se presentó con una magdalena. Mira, Román, es tarde y tendrás hambre, he estado con mi madre que hace unas magdalenas riquísimas. He visto luz en tu despacho y te traigo una para que la pruebes.

Román le agradeció el detalle, Lino depositó la magdalena sobre la mesa y cerró con cuidado la puerta acristalada. Sólo había que esperar a que el aceite concentrado de nuez que había inyectado en la magdalena hiciera su efecto. Y ¡vaya si lo hizo!. Después del oficio fúnebre, el avión privado de su cliente Nurcinho, la estrella brasileña de fútbol, le esperaba en el aeropuerto para conducirle a un resort en la Amazonia.

Para cuando descubrieran el fraude, él ya estaría lejos con una nueva identidad y un nuevo aspecto. Pobre Román; más le habría valido creer que todo era un baile de números.


IV
PREMIO
CAFE
ESPAÑOL
(Relato corto)
2021
Relato nº 56
Insomnio
Raimundo Martín Benedicto
@Ciro Marra

Insomnio

Raimundo Martín Benedicto

Ventanas. Negras como nichos de cementerio profanado. Cuadrículas finitas. Una, dos, tres… doscientas veinticuatro. Como anoche y anteanoche…

Hoy sólo veo luz en una: de un sillón orejero cuelga un brazo anciano, hecho de papiro y manchas. Lleva mucho rato así, tanto que puede que sea el brazo de un muerto. Supongo que trabajó mucho en los astilleros que hay aquí al lado. La edad lo ha limado hasta el hueso, pero debió ser nudoso, con músculos y venas a flor de piel, el brazo de un trabajador respetado por sus compañeros, contento con su sueldo y su rutina. No veo a su esposa, lo normal es que duerma. O que ya esté enterrada, protegida por la tierra húmeda de aquellas palizas. O puede que no, que aún esté viva y esté más fuerte que su marido. Por fin se puede vengar y lo deja allí tirado toda la noche, entre orines y babas.

Se mueve. El brazo se mueve. ¿Habrá estado despierto todo el tiempo? Por un momento, pienso que se va a levantar de su sillón y me va a mirar. “¿Qué haces, qué te importa mi vida?”. Y va a cerrar sus pesadas y rancias cortinas, encapsulando su universo. Pero no, el brazo sólo se levanta un poco, lo suficiente para tocarse la cara, y lo hace con tal delicadeza que sé que me equivocaba. Ese hombre no trabajaba en los astilleros. Esas manos, elegantes, son de un artista. Decido que mi vecino es músico, un virtuoso de los metales que podía haber triunfado por todo el mundo pero se quedó atado a las bandas de pueblo y a la pensión mínima.

Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿Músico? No. Tuvo que ser pintor, pero el párkinson ya no le permite coger los pinceles, sólo las botellas de alcohol barato que le han corroído el hígado y la piel. Ahora le pesa la soledad, pero él sólo pensó en pintar, beber y joder sin medida.

¿Lo piensa él o lo pienso yo? No puedo saberlo. El ruido está otra vez dentro de mi cabeza.

Se enciende otra luz, pero algo más lejos, en el edificio del supermercado. Siempre me ha gustado el ladrillo caravista que lo diferencia del resto, de estuco naranja y amarillo. Casas baratas que más parecen barracones militares, naves de cinco alturas y tejado a dos aguas. ¿Quién se levanta a estas horas? Enseguida vuelve a apagar la luz. Un trago de agua fría directamente de la botella, quizás una meada rápida. Los que compraron un piso allí lo hicieron engañados y ahora nos guardan rencor porque nuestras casas pobres no han sido sustituidas por "amplios bulevares y zonas verdes". Ahora tienen que soportarnos y se envilecen al ver tendederos llenos de sábanas y ropas sin etiqueta.

El ruido es más intenso. Hace calor. Llevo el pelo demasiado largo por la nuca y me molesta muchísimo notar cómo se me apelmaza por el sudor. Una gota que no veo y no quiero tocar consigue desprenderse y resbala por mi espalda. Qué lento es todo a esas horas, hasta la gravedad. No termina de llegar a mi cintura y, por entonces, ya le ha dado tiempo a otras mil compañeras a deslizarse por la frente, por la nariz. Me escuecen los ojos, hace muchísimo calor, la boca seca. El ruido no cesa, una tortura rítmica. Resoplo.

Uno, dos, tres… cuatrocientos cuarenta y cuatro. Hoy han quedado cuatro filas de ciento once agujeros. Ayer fueron más: ocho filas de ciento once agujeros. Ochocientos ochenta y ocho agujeros.

No son persianas demasiado anchas y parece mentira que cada listón pueda haber sido perforado tantas veces. Quizá lo hayan hecho con una máquina de precisión, como la que debía manejar el viejo de enfrente… Ah, no. Habíamos quedado en que era pintor. Los cuento otra vez, no sea que me haya equivocado.

Nada.

No hay ruido. Se ha hecho de día y la congoja me sube por la garganta.



IV PREMIO CAFÉ ESPAÑOL

(Relato corto)

2021

Relato nº 82

¿Cómo ha podido hacerme esto?

Inma Calvo Giménez

¿Cómo ha podido hacerme esto?

Inma Calvo Giménez

Me desperté con un sabor metálico en la boca. Un zumbido atroz me destrozaba los tímpanos y me martilleaba las sienes. Sabía que tenía que dejar de beber de esa manera o acabaría matándome. Intenté incorporarme mareado y traté de levantarme de la cama trastabillando. Tropecé con la botella de ginebra, que rodó debajo de la cama, y en ese momento el timbrazo del teléfono pareció sacudir la habitación entera.

Lo dejé sonar, entre otras cosas, porque era incapaz de articular palabra. Y sin embargo, allí, escuchando el teléfono, comenzó a invadirme una sensación extraña: al principio, fue sólo una ligera inquietud. Pero luego, casi instantáneamente, se transformó en una oleada de pánico que sacudió mi cuerpo y me impulsaba a la acción. Sentí que tenía algo importante que acabar, que mi vida entera dependía de un hilo que no veía. De un hilo suelto, además.

Descolgué el auricular como primera medida para hacer algo.

—¡Manuel! Hombreperoporordios, pero ¡¿¿¿dónde te habías metido???! ¡Llevo intentando localizarte desde hace horas! ¿Qué has hecho con el móvil? He recordado en el último minuto el teléfono de casa de tu padre… —La urgencia y la excitación hacían de su voz algo casi ininteligible—. Casi ni reconocí a mi mejor amigo.

—Pero ¿qué hora es? —intenté concentrarme en mis nudillos amoratados y despellejados.

—¡Las que sean! Escucha, Manuel, esto es importante: ¡no se presentó en la iglesia! ¿Oyes?. La dejó plantada, el muy cerdo.

Mi hermana la dejó en casa y dice que nadie tiene una respuesta, ni sus amigos ni sus familiares le han visto. Supongo que no se recuperó a tiempo del último festival. ¡Ja! ¡¡¡Joder, María no sabe la suerte que tiene!!! De qué tipo se ha librado!!! Oye, pero ¿me escuchas? ¿Estás ahí?

Y en ese momento, recordé. Como un fogonazo SABÍA qué había de hacer. Efectivamente, era urgente e inmediato.

Le oía rascar levemente la puerta del baño con la única uña que le quedaba.

Bajo la lluvia de febrero

Adolfo Marchena Alfonso

Perder el rumbo. Como si un tren descarrilase, a punto de llegar a la estación y no quedase nada. Nadie dijo que existiera un destino compartido y, sin embargo, aquellas vidas encontraron un final igual de trágico y amargo. ¿Qué pensaron, aquellos hombres y mujeres, antes del mortal golpe? Desconocemos a dónde nos llevará el tránsito y buscamos. Pero no hay respuesta; sólo especulación. El único superviviente, tumbado boca arriba en un promontorio cercano, cerró los ojos. Una balada comenzó a sonar, entonces, bajo la lluvia de febrero.

Las madres se asoman a la ventana, de vez en cuando, para vigilar a sus hijos, que juegan al balón o las canicas, en la plaza. El niño, que ahora es hombre y permanece tumbado en la cama de un hospital, entubado y conectado a una máquina, intuye que pronto habrá de regresar a casa, donde su madre le reñirá, de nuevo, y él fingirá sentirse mal y comprenderlo todo.

Luchar para vivir. Como si no se percatase de que, a su alrededor, el mundo continuará, terco, en su involución y su fracaso. ¿Acaso sabían los médicos, las enfermeras, que existen infinitas maneras de morir, tantas como las hay de matar? Debía regresar, de alguna manera debía encontrar la salida de aquel laberinto. Quiso mover los dedos de los pies hasta que le venció el sueño en el intento. En ese momento supo que debía tocar el aire; tocarlo en la profundidad de una piel y su destino. Supo que era necesario, para regresar a esa vida que abandonó junto a las vías del tren y la lluvia de febrero.

El niño subió a regañadientes a casa. Llegaba tarde, sucio y con una herida en la rodilla. A pesar del enfado, la madre empapó un trozo de algodón con alcohol y le limpio la carne. Luego le puso mercromina y la cubrió con una tirita. Se sentó frente al plato y separó las patatas del huevo frito. Volvió a levantarse para coger el abrelatas, bajo la atenta mirada de la madre. Y supo que debía andarse con cuidado; otra herida no le haría gracia a nadie y con una tirita tenía suficiente.

Al despertar sostenía el aire entre las manos. Pensó en los seres humanos, quienes constantemente tocan, sin apreciar el gesto. Tocan los cubiertos, los cuerpos, el alma, el volante de un coche; tocan los instrumentos musicales y los instrumentos quirúrgicos; tocan la fibra –o eso dicen- de los otros. Tocan las campanas, la piel, el llanto, las teclas de una máquina de escribir; tocan el miedo. Entonces sintió que un dedo del pie se movía. A voluntad o no, poco importaba. La sensación de movimiento le hizo recordar las calles de una ciudad que echaba en falta.

El día que el niño dijo haber tocado el aire todos los adultos se burlaron. No paraban de reírse con sus ocurrencias. Eso exclamaban: vaya imaginación tiene, el jodío. Sus antecedentes le condenaban, al niño. Viajaban en coche por una carretera estrecha. Giraron a la derecha y cogieron una parcelaria que les llevaba a las campas donde la familia solía pasar el día. La madre le preguntó qué deseaba ser de mayor. Caballo –contestó, simplemente. Quisieron conocer el motivo y él afirmó, tan convencido: para comer hierba. Ya en la campa, reunida la familia, la abuela trasladó la anécdota del caballo y todos rieron como una orquesta desafinada. El niño se alejó, camino del pinar, sopesando la estupidez de los adultos.

La enfermera de guardia entró en su habitación y lo encontró despierto. No tardaron en llegar el doctor y otras enfermeras. Aquel bullicio y ajetreo fatigó sus intenciones. Le sometieron a una batería de preguntas: que cómo se llamaba; dónde vivía,

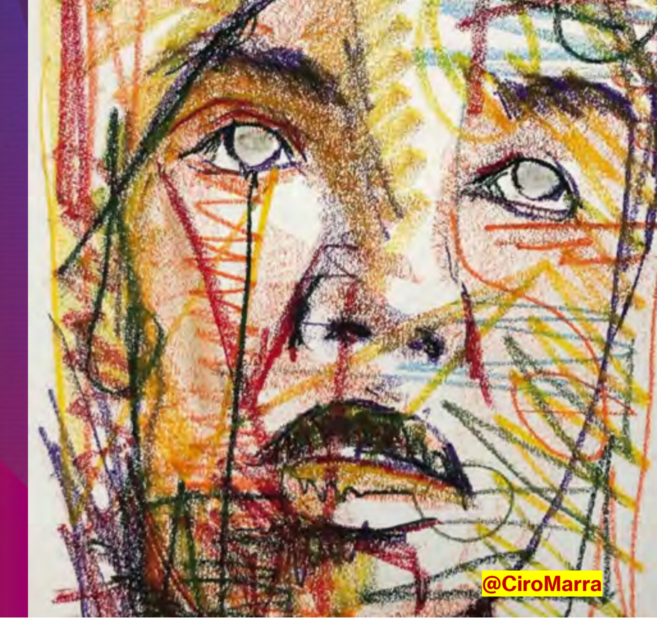
cuántos años tenía; si recordaba algo del accidente. Contestó a todo con firmeza pero les ocultó que, para regresar, fue necesario tocar el aire. No lo confesó porque aún escuchaba las risas de unos familiares que, ahora, ni siquiera intuían que el motivo para ser caballo no era otro que el de comer hierba, tranquilamente, como quien toca el aire.

V PREMIO CAFE ESPAÑOL (Relato corto) 2021

Relato nº 91

Material literario

Angel Sáiz Mora



Material literario

Ángel Saiz Mora

Mis padres tenían razón. Era demasiado rebelde. Me costaba aceptar imposiciones, seguir caminos marcados. No comprendía cómo, dada mi inclinación hacia las ciencias, era posible que tuviera un profesor de Lengua y Literatura tan exigente. Se le había ocurrido que escribiésemos un relato a partir de una situación cotidiana, aderezado con algún conflicto, hasta llegar a un desenlace que intentara sorprender. El plazo de entrega terminaba al día siguiente.

A mis carencias formativas se sumaban las personales. Sentía una atracción singular hacia una hermosa camarera. Cada tarde, tras las clases, me maravillaba verla atender las mesas de un viejo café, donde siglos atrás se dieron cita literatos. Yo nunca hubiese entrado con mis amigos en un garito como ese, pero esta vez estaba solo. Pensé que tal vez allí, imbuido del espíritu creativo de otra época, me llegaría inspiración para concebir alguna historia, también para superar la timidez y conocer por fin a quien tanto me deslumbraba.

Pedí un café, con azúcar morena, dije, para hacerme el interesante. Quise pensar que la sonrisa que me dedicó era algo más que profesional. Una chapa decía que se llamaba Laura.

Abrí la aplicación de «Notas» en el móvil. Supuse que algo se me ocurriría. Estuve un buen rato con la pantalla en blanco y el ceño fruncido. Sin saber cómo empezar el dichoso relato, acaparó mi atención un recién llegado, con traje de otro siglo y sombrero. Era imposible que pasara desapercibido semejante

personaje de opereta, aunque nadie, salvo yo, le prestaba atención.

El tipo no dejaba de observar a Laura, con un interés no menos entregado que el mío.

Quizá se percató de mi vigilancia, porque pronto recibí su mirada directa y prolongada, que no fui capaz de mantener. Ya que tenía la cabeza baja, aproveché para tratar de convertir en narración estas vivencias recientes. Contaba con un triángulo de personajes lleno de posibilidades: aquel individuo, Laura y yo.

Él, por su parte, extrajo algunas cuartillas de una cartera de piel, seguidas de una inesperada pluma de ave y un tintero. Empezó a garrapatear, al tiempo que me observaba sin disimulo.

Encendía un cigarrillo tras otro, ajeno a la prohibición sanitaria de fumar en interiores, con el estilo consagrado de los estrellas de las películas clásicas en blanco y negro que apasionaban a mis padres. Un comportamiento tan descortés, incluso delictivo, no molestó a ninguno de los presentes.

Poco tiempo más tarde, recogidos sus papeles, bajó un poco el ala del sombrero en señal de saludo antes de marcharse. Con timidez, levanté una mano para corresponder.

Al pagar mi cuenta pregunté a Laura quién era ese hombre y cómo se le permitía consumir tabaco Me respondió con extrañeza que en esa mesa no se había sentado nadie durante toda la tarde. Sé que pensaba que mi pregunta solo era una excusa para charlar, un hielo que había conseguido romper, como también esbozar el relato, aunque me faltaba un final. Ya he dicho que lo mío nunca ha sido la imaginación.

Salí del establecimiento. En una bocacalle había un puesto con libros antiguos. Mis ojos se detuvieron ante un pequeño volumen, una novela muy corta, de cubierta ajada y páginas amarillentas. Sentí el impulso de comprarla. Cuanto revelo a continuación es un resumen de su argumento:

Un hombre describe su coincidencia con un joven del todo inusual, a quien encuentra sentado en el café literario del que es cliente. A nadie llama la atención la extraña vestimenta del mozo. Manipula con soltura una caja luminosa, que por algún prodigio genera palabras que responden al movimiento de sus dedos. El narrador, a la vez que personaje, cuenta que ese joven parece igual de interesado que él en la hermosa camarera del local, aunque no llega a estallar una previsible rivalidad entre ellos, al contrario, por alguna causa le toma afecto. Después decide que sus caminos, por el bien de ambos, nunca vuelvan a cruzarse, además de publicar esta pequeña historia, que no he dejado de leer día tras día durante sesenta años, incluso ahora, cuando la vista me falla y Laura, mi Laura, ya no puede escucharla. Espero que nuestros hijos la conserven.


FREEDOM
FREEDOM
FREE DOM
@CiroMarra
IV PREMIO
CAFÉ
ESPAÑOL
(Relato corto)
2021
Relato nº 97
Mudanza
Mariana del Rosal

Mudanza

Mariana del Rosal

Te llevaste tu ropa y quedó la mitad del armario vacío. Te llevaste el televisor de la sala y dejaste el del dormitorio, aunque nunca volví a encenderlo. Las baterías del control remoto se sulfuraron y dejaron una mancha amarilla sobre la mesa de luz. Te llevaste esa cómoda que habíamos elegido juntos para tener más organizados los papeles. Dejaste el acolchado que me levantaba la temperatura en invierno, pero hoy sigo teniendo los pies como un bloque de hielo noche tras noche. Dejaste las sillas que hacían juego, un espejo una de la otra, que siempre teníamos ocupadas por la ropa del día anterior.

Te llevaste al gato, dejaste los peces que encontré flotando boca arriba cuando una semana después salí de la habitación. Encontré que también falta tu espuma de afeitar, aunque dejaste esa colonia con aroma a incienso de feria americana que nunca te ponías. Te llevaste tus viejos discos de vinilo, y esa vaporera donde ablandabas los repollitos de Bruselas antes de saltearlos en oliva y ajo. Te llevaste la computadora y dejaste la netbook en la funda. También dejaste colgado de la pared ese cuadro que nos regaló mi tía cuando anunciamos nuestro compromiso. La pintura se ha ido descascarando, cuelga en jirones como los pétalos de una flor marchita.

Y ya que mencionamos las flores, dejaste todas tus plantas. Hubiera apostado que te las llevabas, si eras vos quien antes de dormir regaba las macetas. Los días y las noches que se sucedieron después de que te fuiste, en lugar de secarlas, las

vieron crecer y extenderse. Tomaron primero todo el balcón. Yo ya no salía al balcón, pero ahora no hubiera podido hacerlo ni siquiera queriéndolo, la densidad de la vegetación me impedía atravesarlo sin lastimarme con las espinas y las hojas con pinches. Las plantas siguieron creciendo. Bajaron por la ventana y ocuparon el suelo del dormitorio. Se metieron dentro del armario y se adueñaron de mi ropa, que ya no visto ni para salir a hacer las compras. Subieron por las patas de la cama y tapizaron de verde el acolchado. Se adueñaron de la pantalla resquebrajada del televisor que dejaste atrás. Sus raíces se alimentaron del charco de sulfuro que dejaron las baterías vencidas dentro del control remoto que nadie usa. Treparon por las paredes del dormitorio, escalaron las cortinas y llegaron hasta el cielorraso con sus dedos verde savia. Trabaron con ramas gruesas las aspas del ventilador y ocuparon con su ser vivo, latente, los huecos del radiador que habías instalado dos inviernos atrás. Ya no es posible modificar la temperatura del dormitorio. De cualquier forma yo tiemblo.

Rozar mis dedos unos con otros me provoca dolor. Prefiero tenerlos separados, sentir cómo crecen y se ramifican. Salir debajo del acolchado, que ahora es verde, me parece un ejercicio fútil. No siento el hueco en el estómago, me alimento del aire, del sol, de la humedad que se acumula en las paredes. Mi piel también ha ido adquiriendo una tonalidad verdosa que me permite transformar en alimento los rayos que se cuelan por entre los vidrios quebrados y enmohecidos de la ventana por la que juntos mirábamos el amanecer.

Cuando por fin me decida a cerrar los ojos y sentir que se transmutan en bayas, en nudos de madera o en semilla, cuando deje de caerme el pelo y sea definitivamente reemplazado por hojas, cuando la habitación no parezca un cuarto cubierto de plantas sino un jardín que supo ser el Edén pero que dejó de serlo, cuando el follaje ya no permita que entre la luz del exterior

y la única manera de producir alimento sea una retroalimentación de la materia vegetal devorándose a sí misma, tal vez ahí sí te habrás ido del todo.





Relato nº 113

El regalo

María Fernanda de Miguel

El regalo

María Fernanda de Miguel Bellvís

Cuando Matías se jubiló, sus hijos le regalaron un reloj inteligente.

Él lo recibió con ilusión y algo de inseguridad, no dominaba las nuevas tecnologías, pero sus hijos se lo programaron para que supiera la hora, tuviera información precisa del tiempo, de la bolsa, de las últimas noticias, y cómo no, activaron la aplicación para que Matías tuviera un seguimiento exhaustivo de su salud: pulsaciones, tensión arterial, nivel de estrés, electrocardiogramas; todo conectado a su seguro médico para que, en caso de anomalía en su salud, se le enviara rápidamente asistencia allí donde el reloj marcara la ubicación.

Todo aquello era más de lo que había imaginado siendo joven, cuando desde el pequeño televisor en blanco y negro de su casa, vio llegar al hombre a la luna. Con la inocencia de la juventud imaginó un siglo veintiuno lleno de maravillas tecnológicas; pero aquel reloj superaba sus expectativas.

Matías enseñó el reloj a todos sus amigos, explicaba lo seguro que se sentía, porque sus hijos podían saber su ubicación y su salud estaba controlada. El reloj le decía cuándo debía andar, cuándo sentarse, le marcaba las pulsaciones del corazón y el ritmo cardíaco.

El reloj era la comidilla de todo el bar de Paco, algunos amigos lo encontraban innecesario, otros demasiado caro y algunos decían, al igual que su esposa, que eso de estar controlado a todas horas no podía ser bueno.

Una mañana muy calurosa del mes de agosto, el corazón de Matías dejó de recibir la sangre suficiente para seguir latiendo. El reloj recogió los datos y los envió al centro que tenía asignado y se dispararon todas las alarmas cuando se comprobó que aquellos datos correspondían a un hombre de sesenta y cinco años a punto de padecer un infarto de miocardio. En menos de diez minutos una ambulancia estaba donde marcaba la ubicación enviada por el reloj. Rápidamente un médico y un auxiliar llamaron a la puerta de la vivienda y una mujer de mediana edad abrió en bata de casa.

La pobre mujer se quedó de una pieza al ver aquel despliegue en el descansillo, preguntando por Matías. Ella ya llevaba rato levantada haciendo sus tareas y cuando se presentó el médico diciendo que su marido estaba sufriendo un infarto en aquel preciso momento, no dio crédito a lo que allí estaba sucediendo.

El médico y el paramédico siguieron a la mujer hasta la habitación donde aún estaba durmiendo su marido. Rápidamente tumbaron de lado a Matías, le quitaron el pijama e iniciaron una reanimación cardiopulmonar; poco a poco el pobre hombre fue tomando consciencia; le pusieron una pastilla de nitroglicerina en la boca, lo cubrieron con una manta térmica y en menos de quince minutos estaba Matías de camino al hospital.

Estuvo una semana ingresado, las pruebas corroboraron que había sufrido un infarto de miocardio agudo. Familia y amigos lo felicitaron semanas después de salir del hospital y Matías no paraba de repetir que el reloj que sus hijos le habían regalado le había salvado la vida. Nadie volvió a dudar de las cualidades del regalo, incluso hubo quien se atrevió a comparar precios y modelos para adquirir uno igual.

En el hospital le implantaron un marcapasos conectado por wifi al reloj, de tal forma que el reloj vigilaba el buen funcionamiento y la regularidad de los impulsos eléctricos.

Todo aquel dispositivo electrónico hizo que Matías se sintiera aún más seguro y pronto empezó a hacer vida normal, agradecido a la alta tecnología que le había salvado la vida.

Lo que jamás llegó a saber Matías es que, meses después de su recuperación, desde Rusia, un grupo de espías empezó a elaborar un ciber asalto a una empresa naviera ucraniana. El malware, por error, no solo atacó al objetivo previsto, sino que aceleró también las funciones de un determinado tipo de marcapasos e interrumpió la señal wifi con los relojes conectados a esos dispositivos, lo que causó la muerte a todas las personas que tenían ese software instalado. El de Matías fue uno de esos más de veinte mil relojes que pasaron de salvar vidas a acabar con ellas.

Matías murió de forma fulminante un domingo por la tarde viendo el fútbol.



Relato nº 145

Juegos de palabras

Miguel Ángel de la Calle

Juegos de palabras

Miguel Ángel de la Calle Villagrán

El calor del hogar: la cocina de leña con su horno, su placa, su depósito para el agua caliente, el fregadero, la mesa camilla, la radio... la Madre, quitando la mesa, fregando pucheros, barriendo la casa, lavando unos trapos.

¡Hala hijos, poned las manos! Y nosotros las colocábamos sobre su falda, sobre sus rodillas. Ella nos las iba tocando con su dedo índice, rotando en el sentido de las agujas del reloj y silabeando despacio: "Pin pin zarramacatín, pollo del hogar, pía por la sal, sal de muñeca, pía por la meca, meca de avellana, chuchurumé, hace nublado, quiere llover, yo tengo un hijo muy botijo, que sabe arar, rejacar, da la vuelta a la redonda, esa mano que se esconda."

Si te tocaba, ¡qué regocijo!, escondías la mano detrás de la espalda y madre comenzaba: "¡Saca esa manita! No, no que me la come la gatita, contestaba el afortunado. ¡Saca esa manaza!. No, no, que me la come la gataza. ¡Sácala por bien!. No, no que la tengo llena de miel.. ¡Sácala por mal!. No, no que la tengo llena de sal. ¡Sácala, sácala que no te la comerán!. Sacaba entonces la mano el afortunado, Madre se la agarraba suavemente con su mano izquierda, le estiraba el brazo y con su mano derecha a modo de cuchillo iba recorriendo el brazo diciendo: Mi mamá me mandó a por carne y me dijo que no me la dieran ni de por aquí, ni de por aquí que es muy dura, ni de por aquí que tiene hueso, ni de por aquí. Y cuando ya estaba cerca del sobaco... de pronto gritaba: de por aquí, de por aquí,

de por aquí... haciéndole cosquillas al afortunado en la axila con los dedos. Las risas y la algarabía eran tremendas.

Otras veces nos contaba el de Juanito y los ladrones. Decía así: Mañana es domingo de pipiripingo, se casa Juanito con un pajarito, se sube a la torre, están los ladrones comiendo piñones, les pide unos pocos, no se los quieren dar, les agarra del moño y les hace bailaaaaaar…. Aquí nos ponía la mano sobre la cabeza y nos la movía en sentido circular para nuestro regocijo.

Tampoco faltaban en aquel hogar diversos trabalenguas, que la memoria mantiene imborrables como un hilo umbilical, caliente, tierno, amoroso. Y así estaban la tabla descarabincunquilada imposible de imaginar, el cielo enladrillado que nos imaginábamos como un montón de nubes superpuestas unas sobre otras. Para la de los tres tristes tigres que comían trigo en un trigal, recurríamos a los gatos de la abuela, eso sí, aumentados de tamaño.

El hogar se extendía a las calles, al frontón, a la escuela, a los lavaderos, a la plaza. Allí el marro y el escondite eran los juegos preferidos. Para ver quién se la quedaba había distintas fórmulas graciosas. Una decía: Un gato se cayó a un pozo, las tripas le hicieron gua, arre pito, pito, pa. El portador del pecho en el que acababa la última sílaba se libraba de quedársela.

Y así estaban el escondelite livite, livota..., el del plato de judías, el de mi papá tiene un cajón lleno de puntas, dime cuántas son. Si te tocaba a tí decir un número, calculabas para no quedártela tú. Todos servían para determinar quien buscaría a los escondidos.

Como un fantástico campo de juego, el pueblo se extendía hacia los bodones, los renacuajos, los grillos, las ranas, los nidos, las cabañas en la cuesta, las parvas, las pegueras, los trillos. Y llegaban las fiestas, los quintos, los húngaros, la rosquilla, la vendimia,, la cencerrada, la corta, la función, la música...

Aquella calles de barro, aquella plaza inclinada, cariñosa, cuna de sueños celosamente guardados, esperando que alguien desvele y revele aquella vida, aquella posguerra, aquellos sueños, aquella historia íntima que ya no está o que anda repartida por otras calles y otras plazas.

A veces sueño despierto, y a veces dormido sueño, con la plaza, con las calles, con el color de aquel pueblo. Si lo que dormido sueño, vuelvo a soñarlo despierto ¿qué querrá decir el sueño?


IV
PREMIO
CAFÉ
ESPAÑOL
(Relato corto)
2021
Relato nº 48
Guardaespaldas
Graciela C. Prego Pilar
@ Ciro Marra

Guardaespaldas

Graciela C. Prego Pilar

Isabel, cada mañana, alisaba su cabello frente al espejo mientras la brisa en la ventana movía suavemente las cortinas. A la misma hora, tanto casada como ahora, viuda, tomaba un primer café mirando en el reflejo el jardín y la copa de los árboles meciéndose al compás del viento.

Aquel día, algo perturbó la rutina llamando su atención. Se asomó a la ventana con un movimiento ágil y determinante, pero todo seguía igual. Algún ave, un perro, quién sabe… Vivía sola, en una enorme casa alejada del pueblo y no era común ver gente merodear por aquella zona.

Cuando la curiosidad se transformó en sospecha y ésta en temor, se acercó a la policía local. Consultó si había algún vecino problemático, algún episodio extraño, y siempre recibía un "no" por respuesta.

Haciendo caso omiso, llamó a su hermana a la capital. Ella entendería su preocupación o al menos su respuesta la tranquilizaría. Lidia, sin subestimar sus sospechas, le aconsejó que contratase un guardaespaldas. Sin perder tiempo, la hermana concertó una cita y escogió a quien consideró más idóneo.

Al día siguiente, Antonio, llamaba a su puerta con una impecable hoja de servicios y un físico más que respetable. No obstante, atento y educado le brindaba una agradable compañía, compensando una imagen agresiva que la alejase de los pocos residentes del pueblo.

A la caída de la tarde, Antonio recorría los jardines, la casa y terminaba indicando que todo estaba en orden.

Una mañana, más segura y animada, Isabel quiso cambiar su rutina, su vestuario, su prolongado luto y visitar a una amiga con quien solía compartir algunas tardes. Entrando en una tienda, con una mirada, Antonio entendió que deseaba hacerlo sola y, tranquila, probarse vestidos y accesorios. Él se adelantó, revisó vestidores y dijo: "señora Isabel, toda suya".

Dos horas después, Isabel surgió entre los escaparates con los brazos cubiertos de bolsas. Antonio no se sorprendió por esto, sí por la interminable espera. Luego, un café con Mari Carmen y vuelta a la casa.

Ni bien llegar, ella se abalanzó al teléfono. Hacía tiempo que no lo hacía. Era Lucas. Amable, emprendedor, educado como pocos. Años evitando la oportunidad de conocer a alguien y ahora por fin… él. Dos horas de su exquisita atención en aquella tienda lograron más que varias ventas: una permanente sonrisa que exclamaba sorprendida ante los conocimientos y la pasión que transmitía aquel hombre, joven y simple, pero seguro y formal que no encontraba en su entorno.

Pasaron días, compras, llamadas y Antonio quedaba ajeno a sus sentimientos. Quizás vergüenza o temor a ahuyentar la posibilidad de reinventar un futuro... era el único capaz de colorear nuevamente su vida, desterrando su soledad.

Surgió la posibilidad de trasladarse a otra ciudad. Una nueva tienda. La idea sembró una duda en Lucas, ¿continuar como ella lo conoció?, ¿irse para prosperar? Y otra en Isabel, ¿esperarlo?, si no regresa, lo entenderé.

Un día, una tarde, otro anochecer… Lucas preparó la maleta. Se marchaba, pero con ella. Desde el negocio, a la casa del lago, ¡hacia Isabel! Con la ansiedad, olvidó llevarle algún presente. Difícil, pensó. Esperó encontrar en las cercanías algo más original que el dinero no pudiese conseguir, y allí estaba. A

metros del portal, la enredadera del muro ocultaba una impresionante rosa, esperando ser descubierta para una situación especial. Trepó sigilosamente. Del bolsillo extrajo la navaja que siempre llevaba consigo, quién sabe… un animal o, como en esta oportunidad, una delicada flor.

Un corte limpio y silencioso.

Antonio se presentó ante Isabel con una sonrisa. Ella, alisando su cabello, con una señal le dejó pasar. La brisa movía las cortinas, pero no importaba.

Tranquila, con la indiferencia que la desilusión y la tristeza dejan cuando la soledad golpea el corazón.

—Buenos días, señora Isabel, el motivo de su preocupación fue encontrado y eliminado. Dejé los detalles en la policía, un inevitable enfrentamiento …

—¡Buenos días Antonio! Al fin solucionado… —sonrió agradecida—. Un gesto de su mano insinuó que no le interesaba saber más. Ya no eran necesarios sus servicios y podía partir. Un sobre, una carta de recomendación, las sospechas confirmadas.

Cerró la puerta y, frente al espejo, continuó su ritual como cada día, como cada mañana…



Relato nº 119

El yugo de una fotografía

Victoria Trigo Bello

El yugo de una fotografía

Victoria Trigo Bello

A mi padre

Cuando mi padre estaba de buen humor, nos contaba a mi madre y a mí que si le tocaba la lotería, se iba a hinchar una noche de comer garbanzos para, al día siguiente, entrar al despacho del apoderado y, sin mediar palabra, subirse a su mesa, bajarse el pantalón y soltar allí mismo una cagada que bajara chorreando por las patas. Mi madre se quedaba callada, con triste seriedad de monedero con más calderilla que monedas grandes. En cambio yo, a mis once años y aburrida de las ecuaciones y los Diagramas de Venn, me moría de risa. Mi padre se sumaba a mi carcajada visualizando la cara que pondría aquel ogro situado a pocos centímetros de su culo y la vergüenza que supondría para la entidad ser conocida a partir de entonces como el Banco de la Mierda. Un hecho así, con la gracia de mi padre para trasladarlo a los medios de comunicación, lo convertiría en alguien famoso y ganaría mucho más dinero que el de aquella nómina estable que servía tanto para pagar las letras como de cheque en blanco para los abusos de aquel energúmeno.

Pero el premio de lotería no llegaba y el dictadorzuelo ganaba terreno minando la autoestima de su presa y redoblando impertinencias con encargos fuera de lo laboral. Sáqueme entradas para el cine. ¿Que cuántas…? Pues dos, que ya podría suponer que una es para mi mujer y la otra para mí. ¿Que para qué sesión…? Pues para las seis de la tarde, que parece usted

tonto. ¿Quiere que trasnoche y venga hecho polvo a la oficina? ¡Ah, y pídalas centradas, que la semana pasada cogimos tortícolis! ¡Caramba cómo se nota que no entiende usted del séptimo arte!

La fiera había llegado ese día con muchas ganas de morder. Los zarpazos que mi padre soportó ya a primera hora en ese despacho sacrosanto en presencia de un cliente importante –tranquilo, don Matías, que este zoquete no gestiona sus asuntos-, le hicieron salir de allí dispuesto a abandonar el trabajo. Al peón más prescindible nunca le escucharía una Dirección únicamente atenta a cifras y resultados. Los compañeros, testigos a veces de las broncas injustificadas con que mi padre era abochornado en público por ese mal nacido, eran avestruces sin ojos ni oídos, bocas selladas por el sindicato vertical, la indiferencia y el temor a complicarse la vida. El poderío del monstruo se crecía frente a la indefensión de quien no contaba con otro recurso que aspirar a que una sobredosis de fortuna y de legumbre le permitiera plantar sus reales sobre el bastión de una mesa de caoba y allí, triunfador en cuclillas y con las posaderas al aire, aliviarse el cuerpo y torcer el pulso al destino.

Mi padre regresó a su escritorio -el rostro enrojecido de ira, el cigarro nervioso en su mano, la derrota clavada en su dignidad- y se dispuso a recoger sus cosas. No aguantaba más. El bocadillo del almuerzo, el tabaco, unos caramelos para fumador, una caja de pastillas Juanola, el bolígrafo que le regaló mi madre cuando eran novios…

Al ponerse la americana, antes de colocar en el bolsillo interior la cartera, miró mi fotografía, que asomaba como un interrogante. Si mi padre no se hubiera quedado atrapado en esos ojos brillantes y almendrados como los suyos, se habría marchado con paso rápido, con la furia necesaria para escaparse de un cabronazo. ¡Ay, cuánto veneno en el equipo aliado!

Un teléfono negro sonó sobre un mármol de mortuorio. Llamada interna. Aquel cuchillo lo sacó de su silencio. Con la crispación ablandada en mis mofletes mi padre, desarmado, devolvió la americana al respaldo, se sentó y aplastó la colilla en el cenicero. Un berrido aguardaba en el auricular. ¡Cuánto tarda usted a contestar!

Que pasara a buscar un café al bar de al lado. ¿Pues cómo va a ser…? Pues solo, como siempre. Y tráigame también un paquete de rubio… ¡Ah, y que apunten en mi cuenta un Cohiba para el director! ¿Se ha enterado de todo?

Y mi padre se enteró tanto y tan bien, que jamás volvió a hablar de loterías y garbanzos.





Relato nº 104

Sin espera

Francisco Pascual Sánchez

Sin espera

Francisco Pascual Sánchez

Cuántas lágrimas veo que se derraman. Algunas son realmente sinceras, pero otras…, otras no tanto, vamos a dejarlo ahí, porque estoy viendo a unos cuantos especímenes que ya les vale; la hipocresía de algunas personas puede llegar a límites insospechados. Eso sí, qué palabras tan bonitas ha dicho mi amigo Julio. Ha sido un panegírico tremendamente conmovedor, sobre todo, cuando ha hablado de los valores de la familia tradicional y del poder de la amistad; también ha contado anécdotas graciosas de nuestra adolescencia y juventud, ha estado muy bien. Al final, se ha emocionado tanto que apenas ha podido acabar el discurso. Confieso que a mí casi se me saltan las lágrimas.

La verdad es que no había estado nunca en un acto tan entrañable. Yo también estoy emocionado, siempre he sido un sentimental de lágrima fácil, aunque me hiciera el duro de cara a la galería.

Sí, la verdad es que Julio se lo ha currado, hay que reconocerlo. Aunque es menester aclarar que su carita de niño que jamás ha roto un plato, las gafas de empollón y los aires de intelectual bohemio y despistado que está de vuelta de todo, son pura apariencia, postureo; lo sé de buena tinta, lo conozco de toda la vida, pero a él le funciona, ¡vaya si le funciona!, sobre todo con las mujeres, que lo acogen en su seno, literalmente, como a un ser desvalido. Menudo sinvergüenza está hecho.

Caramba, la ceremonia parece que se acaba, se me ha hecho corta. Bueno, muy pronto conoceré las respuestas a las

cuestiones que la humanidad se lleva planteando desde el principio de los tiempos, y aunque no podré compartir el descubrimiento, saber todas esas cosas me servirá de consuelo, algo es algo. Dentro de un momento me bajarán por la plataforma y…, adiós.

¡Pero! ¿Qué demonios estoy viendo? Ese aprovechado de Julio, con su aspecto de niño bueno, le está haciendo ojitos a mi mujer, bueno, a mi viuda. ¡Será caradura! ¡La coge de la mano, se le acerca, y ella le sonríe, le corresponde! ¡No hagas eso, desvergonzada, conmigo aún de cuerpo presente! ¡Si ya notaba yo algo! ¡Estos dos me la estaban dando con queso desde tiempo atrás! ¡Estoy seguro! ¡Alto! ¡Paren la plataforma! ¡Debo arreglar un asunto antes de que me metan en el horno! ¡Tengo que partirle la cara a alguien!

No hay manera, como estoy muerto nadie me oye. Pero podrían haberse cortado un poquito esos dos, ¿no?; qué falta de respeto por su parte, porque vaya imagen que me llevo para toda la eternidad. Espero coincidir algún día con ellos en el infierno, o donde me toque ir. Entonces se van a enterar.

Pero, ahora mismo, ya no puedo hacer nada. Las circunstancias siguen el trazado que el destino les marca, la plataforma continúa su descenso. ¡Huy!, qué calorcillo se va notando…

Bonilla

Sacha Emanuel Mársico César Lestón

Bonilla siempre sonreía en los momentos más inadecuados, hacía bromas de los temas más serios. Le hemos hablado de la muerte de familiares, de despidos de compañeros, de la crisis del país, solo con la idea de integrarlo, pero para lo más universalmente triste nunca le faltaba la palabra injusta.

Se la pasaba tragando sus tic-tacs, tirando uno tras otro al fondo de su garganta sin consideración de un golpe rápido y seco, tratando de alivianar un mal aliento que no daba tregua, totalmente impasible a su técnica.

Aislar en estos casos solo sirve por periodos reducidos, pronto se vuelve más en una carga para nosotros que para él. Quisimos ver cómo lograr que lo despidieran más veces de las que podríamos contar, especialmente durante el último año cuando su comportamiento nos marginó de forma definitiva, pero nunca pudimos encontrar una real justificación. Solo nos ponía incómodos, nada más, nada fuera de las reglas escritas. Parecíamos quedarnos sin opciones.

No fue hasta que pudimos instalar una cámara en su oficina que obtuvimos un poco de tranquilidad. No se lo dijimos. En blanco y negro, escala de grises mejor dicho, vimos por primera vez a un hombre como nosotros. Carente de sonrisa, su rostro descansaba en una posición inversa, vencida por la gravedad. Miraba su pantalla con dejadez, como muchos de sus compañeros lo hacían. Sus movimientos eran más lentos y pausados que los que mostraba en los almuerzos, en cualquier reunión de personal. Retroactivamente estos ahora parecían

forzados, provenientes de un hombre que pretende mentir su edad y propia vivacidad. Todos hemos sido víctima de eso alguna vez.

Sabíamos ahora que podríamos hablarle del trabajo con seguridad. Sería como nuestro clima, no hay nada de malo en ello. Ya con eso nos hubiera sido suficiente pero tenía que ir un paso más allá, Bonilla.

Cada tanto hacía un movimiento fuera de lo normal que no podíamos detectar bien. Solo un poco de zoom nos permitía acercarnos a secciones de su cuerpo y así es como vimos cómo su mano sufría un pequeño temblor. Al principio parecía un espasmo, pequeños reflejos ajenos a lo que podemos ver a través de la pantalla, pero prontamente la reiteración eliminó cualquier posibilidad de duda. Su mano temblaba y en el peor de los casos la tenía que sostener con la otra. Comenzamos a entender. Consumía sus tic-tacs directamente de la caja, dos, tres, cinco a la vez y bajaba la cabeza. Luego se quedaba mirando el techo, y podíamos ver cómo sus labios se movían.

Cada vez que salía de ese estado de obnubilación miraba para todos lados, como buscando algo. Nuestra preocupación era pura y exclusivamente la de cómo iniciar ahora la conversación: no hay nada más incómodo que un secreto a voces. Sus ojos recorrían toda la habitación. El lunes, Bonilla miró directo al lente, tan sorprendido como triste, por un segundo tratando de comprender, violado en lo más íntimo. El lunes podría ser un buen día para traerlo a colación, agarrar el toro por las astas. Su mano se acerca repentinamente a la cámara, que de un golpe rápido y seco queda en negro. Totalmente en negro.

Poco después de ello nos llegó su carta de renuncia.

Más allá de la compasión

Almudena Gracia Castro

¡Después de tantos años y aún no he podido olvidarla! Sus ojos, negros y profundos como la noche, siguen ahí, observándome. Su recuerdo provoca en mí una mezcla de fascinación y curiosidad. No fue amor, ni pasión, ni tan siquiera atracción, sin embargo, algo en su interior, en su mirada, despertaba la fiera que llevaba dentro. ¡Había tanta fuerza en su fragilidad, tanta belleza en su vulnerabilidad! La sometía, la poseía, pero jamás llegué a dominarla. Nunca se rindió y aunque entregara su cuerpo y se dejara hacer, su espíritu seguía intacto. Aquellos encuentros tenían más verdad que toda mi vida entera. Mi juventud pasaba ante mí como una auténtica farsa. ¡Tantas historias!

¡Tantas mujeres! Todas atraídas por el uniforme y el alto rango. Parecía que vivía el mismo momento una y otra vez: las mismas palabras, los mismos suspiros, los mismos jadeos. Se diría que todas habían ensayado su papel y como hermosas muñecas se movían al ritmo que yo marcaba. El deseo y la pasión hacía tiempo que me habían abandonado, a pesar de todo, me sentía inmerso en una especie de lujuria que, cual hiedra, se iba apoderando de mí. En el fondo lo que buscaba era una mujer que me rechazara, que presentara batalla y que no se entregara tan fácilmente. Sentir la emoción de cazar la presa, perseguirla y obtener el codiciado trofeo. Ella había sido la única que se había atrevido a enfrentarse y, aunque podía haberla torturado o ejecutado, prefería mantenerla con vida. Su odio y su desprecio eran una motivación para mí. Cuando se

unían nuestros cuerpos podía sentir su rabia y su asco. Su corazón latía con fuerza y, a pesar de mis intentos, nunca conseguía domarla. Como un potro salvaje luchaba por su libertad y, aunque siempre perdía la batalla, su alma se alzaba victoriosa. Nunca olvidaré el día en que la vi, junto a otros desdichados, caminando hacia la muerte. Serena y tranquila parecía asumir su trágico destino. En ese momento, sentí, por primera vez, lo que era la compasión.

¿Nadie te dijo que vendría a visitarte?

Manuel Cabezas Velasco

Las horas transcurrían con lentitud. Eran los primeros días de septiembre y nadie esperaba la llegada de un nuevo huésped que se instalase en las monótonas vidas de la familia Discusión.

Entonces sobrevino el undécimo día, jornada que no habría de ser olvidada por muchos, puesto que rompería la fatigada existencia de sus vidas.

Una señora mayor, de la cual habían oído hablar, aunque no conocían personalmente, hizo acto de presencia.

Inicialmente trabó amistad con el abuelo Facundo, persona a la que no le apetecían demasiado estrechar vínculos sociales y sobre todo si se trataba de una vieja enemiga a la que había conocido años atrás, cuando le intentó convencer de que realizase un viaje con ella y él se negó pues sólo quería seguir el camino que había iniciado a finales de la década de este siglo.

Sin embargo, el tan esperado día once había llegado y los meses de continuas charlas de la dama con el abuelo —que se encontraba postrado en la cama del Hospital—, dieron sus frutos y llegaron a cambiar el rumbo que Facundo se había trazado, iniciándose así una andadura distinta con su nueva compañera, que aún no sabía cómo se llamaba.

Su relación íntima, aunque inamistosa, se había iniciado cuando años antes Facundo fue internado en un hospital con motivo de unos problemas respiratorios a causa de que aún fumaba en exceso para su avanzada edad.

De esta forma conoció el abuelo a Tránsito, anciana que estuvo pacientemente esperando a que la acompañara a su casa. No obstante, quince días después el anciano saldría del hospital con la prescripción médica consabida del abandono del consumo de tabaco. Así perdería contacto con la extraña dama y no podría acompañarla en su viaje.

Tres años más tarde, Facundo volvió a tener unas "arcadas" que en la familia invitaban a temer el peor de los sucesos. Fue nuevamente ingresado. No obstante, el diagnóstico médico resultó ser mucho peor. Ambos pulmones aparecían encharcados y el corazón empezaba a fatigarse. Era necesario el uso constante de una bombona de oxígeno para paliar las deficiencias respiratorias…

…Y, a pesar de todo, la extraña señora volvió a visitarle.

Cuando estaba inconsciente hablaba de Ella como un ser terrible, aunque enjuto, capaz de pasar desapercibido por las gentes que rodeaban y vigilaban al abuelo. Así, nadie creyó, incluso la enfermera que entró en la habitación del hospital en una de sus visitas de rutina, y vio al abuelo agonizante. Era el día once de septiembre y el señor Facundo –como respetuosamente lo llamaba la enfermera María– había aceptado la propuesta de Tránsito de llevar a cabo tan largo viaje, sin haber consultado al resto de la familia.

En el momento en que sus dos hijos políticos, en estado de vigilia tras la larga y agotadora jornada nocturna, se encontraban en la habitación del enfermo, la anciana dama y el abuelo emprendieron el tan deseado traslado, sin haberse despedido de sus hijos.

A las once y media fallecía Facundo Vélez Álvarez, y dejaba que su cuerpo descansara del sufrimiento de las últimas semanas.

La noticia tardó pocas horas en difundirse y afectó profundamente, a pesar de no constituir ya ninguna sorpresa,

a sus vástagos, principalmente las féminas, que quedaron muy consternadas durante varios días.

El responso y el velatorio estuvieron muy concurridos, con la presencia del cuerpo de Facundo, aunque su ánima ya había iniciado el viaje con la que sería su nueva amiga: Tránsito.

Sin embargo, la sociabilidad de esta extraña señora le conduciría a trabar nuevas amistades, y así aparecería nuevamente en escena, puesto que no se había sabido nada más de ella desde hacía unos meses.

Ahora, su nueva conexión se llamaba Paula, una mujer madura cercana a la jubilación, de una gran capacidad de sacrificio. Al conocerse, la extraña señora le haría la misma pregunta que anteriormente había hecho a Facundo: “¿Nadie te dijo que vendría a visitarte?”.



Relato nº 89

Primer padre haciendo los deberes de plástica a hijos

Esteban Torres Sagra

Primer padre haciendo los deberes de plástica a hijos

Esteban Torres Sagra

—Me voy a cazar mamuts, cari, que ha quedado muy buena tarde y en la despensa ya escasea el embutido.

—¿A estas horas, Bang? ¡No te demores! que tus hijos tienen deberes de pintura rupestre para mañana y yo bastante tengo con curtir la piel de la zarigüeya que trajiste ayer para hacerme unos zuecos y recoger las chirimoyas.

—¡Que no tardo, Big! Bueno… te informo: luego he quedado con la horda para despellejar unos jabalíes en la cueva de Altamira y darle unas patadas a un mondongo de verraco con Leo.

Se quiso ir dando un portazo, en señal de autoridad y micromachismo, pero no había puertas por entonces y las poses no podían inmortalizarse todavía, así que se volvió sobre sus pasos y le dio un buen tirón de pelo a su señora, en señal de cariño, en lo que se conocía en aquellos tiempos como preliminares. Lo de cazar era una excusa para juntarse con los muchachos e ir probando bebidas recién inventadas por Mahou, el hechicero, que hasta aquel día aún no había dado con la tecla de algo que estuviera bueno de verdad y refrescara.

En cuanto ella lo perdió de vista por la senda de los alcornoques, sacó el tambor tribal —sin límite de datos ni establecimiento de llamada— e hizo audible la señal convenida. Al rato la infravivienda se llenó de vecinas, ávidas de ocio.

Zara trajo lo último que había cosido y lo mostró con orgullo a sus amigas. La anfitriona le cambió un bolso de cuero con

incrustaciones de asta de uro y un peal completo de un oso pardo, especie cuya superpoblación se estaba convirtiendo en un problema —eran otros tiempos— por tres trapitos de nada que apenas si cubrían donde el pelo de la pierna se hace fuerte. Comentaron el embarazo de la nena de los Diu, la pareja del norte —con costumbres sociales mucho más relajadas— que se había instalado recientemente en el poblado, y bebieron un poco del mejunje que trajo Larios, una mujer ya mayor: tendría alrededor de veinticinco, la más vieja de la aldea, que hacía mezclas con jugos de bayas para entrar en trance, según decía.

Cuando Bang regresó, después de tomarse algunas… —aquella bebida recién inventada por Mahou aún no tenía nombre definitivo— se encontró a todas las hembras sin conocimiento sobre el suelo de su hogar, con síntomas de haber hablado -o discutido- con los espíritus de los ancestros antes -o después- de que intentaran salir por sus bocas.

Se acordó de los deberes de sus hijos y se puso a pintar ciervos y bisontes a troche y moche en un rincón de la pared rocosa. No le quedaron mal, aunque él sabía dibujar mucho mejor, pero recordó las recomendaciones de su esposa —quien, como siempre, llevaba razón— y no quiso esmerarse demasiado para que aquello pareciera obra de los críos.

Charlie

Hugo Maximiliano Portal Vieira

El gran día había llegado, Charlie ya no volvería a ver a sus amigos. No recordaba la última vez que el viento le había dado en el pecho con tanta fuerza, sin muros ni tejidos de por medio. Debía estar contento, pero no era así. De lo contrario, el pecho se le cerraba; había una angustiosa sensación que lo devoraba por dentro. En poco tiempo cumpliría sesenta años. No era un mal tipo, aunque en el albor de su juventud se descarriló y, tras ver varias balaceras pasar por encima de su cabeza, cayó tras las rejas. Treinta y cinco años para ser más preciso. Quizá se pregunten qué ameritó tantos años de condena. Lo único que puedo decir es que las balas perdidas tarde o temprano encuentran su final y estos no siempre resultan ser concreto sólido, una vidriera blindada o la carrocería de un coche.

Asimismo, el viejo Charlie poco tenía que ver con el joven pendenciero que supo ser. Allí, donde pasó la mayor parte de su vida, desarrolló su talento y encontró en la carpintería un pasatiempo exquisito. Casi sin darse cuenta, se vio rodeado de verdaderos amigos que, por azar del destino, compartieron tiempo y lugar. Claro que, por distintos motivos, el grupo se fue reduciendo con el paso de tiempo. Sin embargo, las amistades cosechadas en esos años estaban selladas por la eternidad misma.

¿Qué se puede hacer cuando hay más por detrás de lo que queda por adelante? Pues Charlie, como cualquier otra persona promedio, tenía esa nostálgica sensación incrustada en la retina de que todo tiempo pasado había sido mejor. ¿Qué sería de su

pequeño taller de carpintería y de sus herramientas? Peor aún, ¿qué sería de ese mueble que dejó sin terminar? ¿Acaso los muchachos lo recordarían? ¿Quién ocuparía su lugar en la mesa de truco?

Sus ojos se empastaban con lágrimas gruesas que se negaban a salir, lágrimas que se aferraban a sus ojos como el viscoso aceite a los engranajes de un motor. Pero ese dolor no era tan malo, pensaba. A veces resultaba necesario para recordarle que estaba vivo. No obstante, Charlie ya no quería volver a sentir ese fatídico suplicio. Sus manos temblaban. Por momentos, parecía que el cuerpo desgastado de tantas mañanas frías y tantas noches en vela se desvanecía.

Con mucho esfuerzo trepó por la baranda del puente, no sin antes descalzarse, pues quería sentir el frío del hierro y el concreto al estar del otro lado. Era tarde para volver al principio del puente y al final de este solo estaba la ciudad sombría, repleta de gente ocupada llenando sus almas con café negro y sus ojos con anuncios coloridos. Sin embargo, a su frente se extendía el rio que se perdía en el horizonte azul. A sus espaldas, un tormentoso cúmulo de nubes avanzaba a paso de marcha fúnebre: lento y solemne. Era como si este hubiera venido a acompañarlo, cubierto en un manto de luto grisáceo.

El hombre apoyó las manos temblorosas sobre el barandal y se sujetó unos segundos. El corazón le golpeaba el pecho como un condenado que quería salir. Levantó el mentón y se llenó los pulmones de fresca brisa veraniega. La saboreó con la boca, la degustó con la nariz e incluso extendió sus brazos para sentir la sedosa corriente con la yema de los dedos. Sin dejar que esta saliera de su interior, se dejó caer. El gran día había llegado, Charlie ya no volvería a ver a sus amigos.

El cantil

José Luis Martínez Rodríguez

En la playa de El Cantil, recuerdo de pequeño cómo se hacían a la mar los pescadores del pueblo, que a eso de las primeras luces del alba subían a sus pesadas barcas y con la sola ayuda de sus redes, de sus manos desnudas y de sus pies descalzos, traían cada día el sustento a sus familias.

Tenían entonces mi tía Carmen y mi tío Ramón, allí cerca, justo detrás de un saliente arenoso, un pequeño bar destartalado y maltrecho pero bien alojado, cuyas vistas eran seguro la envidia de los mejores restaurantes de la capital y que había pasado por sus apuros, como todo en aquel tiempo anterior e inmisericorde, pero que en esta época empezó a despuntar cuando a Isla Cristina se acercó el incipiente turismo y allende estas tierras bajas llegaban los primeros seiscientos cargados con familias enteras.

Con este bar sacaron adelante su casa y a sus siete hijos, y dieron carrera a la menor de todos, Esmeralda. Mi prima Esmeraldi, que así la llamábamos, de pequeña parecía tontita del culo, siempre distante y huraña con los demás niños. No venia una sola vez a jugar con nosotros que al poco no tuviera algún percance, o se fuera llorando, o se metieran con ella o desapareciera sin más. Una niña triste y difícil, pero que después, pasados los años y sin hacer mucho ruido, como era ella, se descubrió como un ser maquinador y maquiavélico que vivía su existencia con el solo propósito de salir de aquel lugar y de escapar de la vida que sus semejantes le habían planificado desde el nacimiento.

Hoy Esmeralda vive en Barcelona, está casada con un abogado laboralista que posee varias propiedades inmobiliarias y con el que tiene dos hijas. Las pocas noticias que tengo de ella son de los veraneos y los cruceros que se pega por todo el mundo, y es que, aunque no la veo desde hace años, la recuerdo muy a menudo, porque hay que ver cómo es la vida ésta, que a veces salen adelante algunos que uno no hubiera dado tres perras gordas por ellos, mientras que otros, que parecían que se iban a comer el mundo, se quedan por el camino y acaban en la cuneta.

Mi amado El Cantil, que así tenía por nombre aquel viejo bar, con sus paredes blancas y sus puertas azules, fue vendido con mucho pesar mío. Lo demolieron un día triste para continuar con el paseo marítimo. Hoy de él no queda nada, salvo su profunda huella en mí y su bello recuerdo. Tantas veces caminé hacia él que me parece mentira. Aún hoy, a mis cuarenta y dos años, sigo cerrando los ojos y lo veo con el mar al fondo, quieto y blanco, orgulloso allá en la lejanía de la playa que parecía siempre que luchara contra el viento.

Vuelta a las cárcavas

Noemí García Jiménez

Aquella mañana primaveral, después de un café bien cargado, cogió su mochila y su block de notas, se calzó las botas y regresó a un paraje donde no había vuelto desde niño.

A ambos lados del camino, las mismas edificaciones que antaño, hablaban de un pasado mejor. Explotaciones ganaderas y alguna terraza de verano que, en otro tiempo, estuvo de moda y más de un buen recuerdo le evocaron, mostraban un lamentable estado de abandono. En los campos, la avena empezaba a espigar y en aquellos que no estaban cultivados, las amapolas los teñían con un manto rojo.

A mitad del camino, un olivo centenario de tres pies le recordó otros momentos, cuando se detenía con sus amigos debajo de su copa, fatigados de pedalear, a cobijarse del sol de regreso a casa. El tiempo también había pasado por él.

Desde la distancia divisó los pinos del final del camino, habían crecido mucho en esos años. Es posible que encuentre algún espárrago, pensó, e incluso que haya setas en otoño.

En el pinar, punto de partida, habían instalado un merendero. Un vistazo rápido fue suficiente para lamentar que las mesas estuvieran arrancadas, fruto del incivismo de la gente. Cruzó el pinar. Había botes, bolsas y los más diversos residuos por el suelo, algunos a los pies de una papelera vacía. Eso antes no pasaba, pensó.

Durante el ascenso, los pinos fueron dado paso a otras especies. Las genistas mostraban capullos y algunas flores y vainas, las frágiles flores rosas de las jaras se mecían con el

viento, y el tomillo aromatizaba el aire. A pesar de que las lluvias de las últimas semanas habían cubierto con un manto verde los caminos trazados por los hombres, sus pies le llevaron sin pensar hasta la cumbre.

Recordaba el camino de memoria, como si lo hubiera recorrido ayer, cuando en realidad, habían pasado unas tres décadas. Mejor no hacer el cálculo exacto, pensó.

Con un pie sobre la cárcava le invadió una tremenda felicidad. Al fondo estaba en valle, labrado por las aguas y frente a él, las cárcavas donde hubo un tiempo en que fue feliz. Allí se descolgaba con sus amigos, solo sujeto por una cuerda atada a una retama, hasta las profundidades de la tierra. Luego tocaba subir, con la agilidad de aquellos años no tardaban mucho, para volver a bajar. Iría hasta ellas. Desde lo más alto, recordaba que había una bonita vista de la ciudad.

La oropéndola

Antonio Peral león

El horno ya estaba encendido y la masa, ya moldeada, esperaba en una artesa tapada con trapo de lino.

Siete panes morenos salieron del horno. Ella los cogió y los metió en un macuto. También puso algo de tocino, queso y cebada tostada.

El macuto lo metió en un cesto de mimbre que usaba para la ropa. Dejó éste en el suelo y puso encima unas sábanas y algo de ropa sucia. También puso un trocito de jabón.

Se dirigió hacia el dormitorio, cogió al bebé y lo amamantó, tras lo cual, éste se quedó dormido.

Cogió el cesto, salió de casa, cerró la puerta e inició el camino hacia el arroyo.

Ya estaba amanecido cuando llegó. Sacó la ropa del cesto, dejando alguna por encima. Estaba esperando algo, pero no sucedía.

Un momento después escuchó el canto de la oropéndola y dijo:

—Ya está ahí mi amor.

Cruzó al otro lado del arroyo y se abrazó y besó con un hombre, después hicieron el amor. Ese hombre era su marido, el cual se había echado al monte por la represión franquista tras el golpe de estado del 36.

El guerrillero cogió el macuto y subió arroyo arriba escondiéndose entre la vegetación hasta llegar al monte.

Ninguno de los dos se había percatado de que unos ojos vigilantes habían visto todo lo sucedido.

Ella se puso a lavar la ropa.

Aún le quedaba algo por lavar cuando se acercó un hombre a caballo. Éste bajó del caballo y se acercó hasta ella, intentó agarrarla, besarla y tocarla, pero ella se zafó de él con un empujón. El caballo se asustó y el tipo intentó cogerlo. En ese descuido ella cogió la ropa y el cesto y salió precipitada hasta esconderse en unos pajares aledaños al pueblo.

Pasado un rato volvió a casa, cerró la puerta y fue a ver al bebé, que dormía plácidamente.

La semana siguiente, el mismo día de la semana, la misma operación. El horno, el pan, algo de tocino, un poco de sal, amamantar al bebé, la ropa encima del cesto, salir, cerrar la puerta y coger el camino hacia el arroyo.

Ese día esperó, pero su amor no apareció. Los que sí aparecieron fueron una docena de guardias civiles y el tipo del caballo. Éste había dado el chivatazo de lo ocurrido la semana anterior.

La Guardia Civil registró el cesto y encontró lo que había en el interior. La llevaron presa.

El guerrillero ese día estaba por la zona más temprano de lo normal y desde lejos había sentido mucho movimiento por el arroyo. Optó por no salir y quedarse oculto, observando, viéndolo todo, sin poder hacer nada por su amada.

Tras interrogarla, raparle el pelo, pegarle y vejarla, le dieron aceite de ricino y la pasearon por el pueblo semidesnuda, haciéndose sus necesidades encima.

Después de una semana en el calabozo la dejaron libre. El bebé estaba en casa de su madre. Fue a buscarlo y se marcharon a casa.

Pasó algún tiempo y todo volvió a la normalidad.

Una mañana fue al arroyo a lavar la ropa. Esta vez, en el cesto no llevaba nada más que ropa y un trozo de jabón.

Tras lavar todo, tendió la ropa sobre la hierba para secarla. Oyó acercarse un jinete, era el "chivato", el tipo que siempre había estado enamorado de ella y nunca fue correspondido.

Él bajó del caballo, se acercó a ella y la besó. Ella no hizo nada, solo lo cogió de la mano y lo llevó al otro lado del arroyo, mientras se oía el canto de "la oropéndola".


BAR
CEL
ONA
JUST SOUL ©

Índice

Introducción 7
El Premio Café Español 2021 9
El reto del Jurado 11
Los relatos del Premio Café Español 2021 15

El relato ganador
Labial carmesí 19
Juan Manuel Arriaga Benítez

El relato finalista
Mi espejo 25
Alejandro Manzanares Durán

Los relatos cortos mejor valorados del Premio Café Español 2021
Es amor 31
Alix Rubio Calatayud
Traidor 35
Héctor Daniel Olivera Campos
Dolor 37
Raimundo Martín Benedicto
La Mona Lisa holandesa 41
Pilar Alejos Martínez
Bajo los párpados 43
José Ramón Codina Villalón
Bifurcaciones 47
Lola Sanabria García
Un cuento antes de dormir 51
José Manuel Reyes Gómez
Ahora y en la hora 55
Agustín García Aguado
Efímero 59
José Luís Guerrero Carnicero
La muerte de Clara Sampedro 61
Mildred Rocío Niño Amaya
La última frase por mi bien 63
María Caballero García
Mariposas de mansa muerte 67
Luís Nazaret Solís Mendoza

El único de su clase 71
Inma Calvo Giménez
S. XXI: romanza de amor y de… pendencia 75
Juan Fernando Ruiz Claver
Margaritas 79
Deyanira Sanguino Mateus
Diálogos con Caronte 83
Victor Olivencia Castro
De la tierra y de ti 87
Alejandra Gabriela Durán Escamilla
Renacer 89
Markos Arroyo
La alfombra 93
Ivette Crespo Bonet
Una cosita de nada 95
Mariana del Rosal
Stop 99
Pseúdónimo. PUNTO
Quimera 103
Virginia Cortés Moncó
Insomnio 107
Faviola Llamas Guzmán
Balcón 109
Oscar Alejandro Jacobsen
En el Edén 111
Victor Mancilla Campos
Un lirio azul 115
Mercedes Maroto Márquez
Gardenias 117
Faviola Llamas Guzmán
Ventana 119
Alberto Jesús Vargas Yáñez
Jazmín 121
Omar Rubén La Rosa
Baile de números 123
José Miguel Abajo Soler
Insomnio 127
Raimundo Martín Benedicto
¿Cómo ha podido hacerme esto? 131
Inma Calvo Giménez

Bajo la lluvia de febrero 133
Adolfo Marchena Alfonso
Material literario 137
Ángel Saiz Mora
Mudanza 141
Mariana del Rosal
El regalo 145
María Fernanda de Miguel Bellvís
Juegos de palabras 149
Miguel Ángel de la Calle Villagrán
Guardaespaldas 153
Graciela C. Prego Pilar
El yugo de una fotografía 157
Victoria Trigo Bello
Sin espera 161
Francisco Pascual Sánchez
Bonilla 163
Sacha Emanuel Mársico César Lestón
Más allá de la compasión 165
Almudena Gracia Castro
¿Nadie te dijo que vendría a visitarte? 167
Manuel Cabezas Velasco
Primer padre haciendo los deberes de plástica a hijos 171
Esteban Torres Sagra
Charlie 173
Hugo Maximiliano Portal Vieira
El cantil 175
José Luis Martínez Rodríguez
Vuelta a las cárcavas 177
Noemí García Jiménez
La oropéndola 179
Antonio Peral león



El pintor y escultor Ciro Marra (1985, Velletri-Roma (Italia) / Barcelona) es autor de la imagen asociada al VI Premio Rosablanca de Fotografía 2021 y de todos los originales —cedidos gratuitamente— que han acompañado en las redes sociales la publicación de los ciento sesenta relatos participantes.

La larga experiencia de Ciro Marra en las diferentes técnicas pictóricas y su maestría en ese terreno básico de todo buen pintor, el dibujo, le permiten ir del hiperrealismo de sus retratos, de lo casi fotográfico, a un estilo nuevo, a veces abstracto, cargado de emoción y humanidad, a imágenes dolientes que nos hablan de crisis, propias o sociales. Una etapa nueva con la que acude este año al encuentro "Modigliani, Opera Visión" y, de ahí, a la Biennale de Arte de Venezia.

(*Instagram*: Marra_art)

Imagen: Foto del autor





El **Premio Café Español** es una temeridad, una historia de ambiciones posibles, que en este difícil 2021 ha celebrado su cuarta edición con la España, de Latinoamérica en un alto porcentaje, o de Australia, Israel o Canadá: de allí donde hay un castellanoparlante con internet a mano. "Hemos roto fronteras –dicen en el Premio Café Español–, internet es un aliado y las redes nos llevan y nos traen historias, cuentos, literatura con un nuevo valor, sus autores son reconocibles y lo escrito no se pierde". El Premio Café Español cuenta con un Jurado que preside Alfredo Conde, Premio Nacional de Literatura.